La Ilustracion Artística

Año XXVII — Barcelona 13 de julio de 1908 — Núm. 1.385

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ENTRE FLORES, copia del notable cuadro de Oscar Twintscher

(VII Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia.)

SUMARIO

Texto.—*Revista Hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. – *La careta del corazón*, por José Francés. – *En Puerto-Arthur. Inauguración de un monumento.* – *Madrid. Monumento á Castelar.* – *Cómo se funda una Universidad en Chicago.* – *Barcelona. Inauguración del Dispensario municipal oto-rino-laringológico.* – *El acueducto de Moncada.* – *El heredero*, novela ilustrada (continuación). – *Fabricación de los manguitos de incandescencia*, por Jacobo Boyer.

Grabados.— *Entre flores*, cuadro de Oscar Twintscher. – Dibujo de Carlos Vázquez que ilustra el artículo *La careta del corazón.* – *Puerto Arthur. Inauguración del monumento erigido por los japoneses á la memoria de los soldados rusos que murieron durante el sitio de aquella plaza.* – *Zaragoza. Exposición hispano-francesa. Pabellones del ministerio de Fomento y central de Alimentación y Explanada central.* – *Mariano Benlliure.* – *El general López Domínguez.* – *D. Rafael del Val.* – *Uno de los últimos retratos de Castelar.* – *Madrid. Monumento á Castelar.* – *El cardenal Manning*, por W. Onles. – *Un buen amigo*, cuadro de Guillermo Trubner. – *En el baño*, cuadro de E. Zier. – *La obra del «bocado de pan,»* cuadro de G. Pierre. – *Ciudadanos de Hesse*, cuadro de Carlos Bantzer. – *Barcelona. El Dispensario municipal oto-rino-laringológico.* – *Visita oficial á las obras del acueducto alto de Moncada.* – Figs. 1, 2 y 3. *Fabricación de los manguitos de incandescencia.* – *La Anunciación*, medallones pintados por Fra Angélico de Fiesole.

REVISTA HISPANO AMERICANA

Cuba: las próximas elecciones: anexionistas y patriotas: malestar económico como consecuencia del predominio mercantil de los yanquis. – *Panamá:* la elección de presidente. – *México:* movimiento revolucionario y sus probables causas. – *Centroamérica:* ratificación de los Convenios de Wáshington: la instalación del Tribunal de Justicia centroamericano: «La Fraternidad Centroamericana» en México. – *Venezuela:* Castro y los yanquis. – *Perú:* nuevo presidente de la República. – *Paraguay:* otra revolución.

No van bien las cosas en los países sometidos á la acción directa de los yanquis.

A principios de 1909, si las circunstancias no obligan á mayor aplazamiento, ha de constituirse el gobierno cubano, cesando la intervención yanqui. Antes se harán las elecciones municipales y provinciales. Los partidos políticos se aprestan á la lucha en los comicios, y hasta las mujeres toman parte en los trabajos preparatorios; hay en Santiago de las Vegas un Club liberal de señoras que apoya la candidatura presidencial del Sr. Zayas.

La proximidad del nuevo ensayo de «Cuba libre» aviva los temores de los desconfiados: muchos desean que continúe la intervención yanqui, y crece el número de los que resueltamente piden la anexión á los Estados Unidos.

Los adversarios de los norteamericanos, los patriotas, hacen el balance del período durante el cual viene gobernando Míster Magoon, á quien atribuyen la responsabilidad del actual malestar económico, y amenazan con actos de fuerza para impedir que de modo indefinido sigan los yanquis imponiéndose al país. La intervención norteamericana, dicen, está amontonando más y más inmoralidades sobre las que ya existían en el primer período de gobierno propio.

Los Estados Unidos han conseguido su propósito, el único que les impulsó á favorecer á los cubanos contra España: dominar mercantilmente en la isla. Sus exportaciones á Cuba han aumentado en un 123 por 100 de 1903 á 1907. En la importación hay un aumento medio anual de 43 millones de pesos; se llevan casi todo el azúcar, y en ese mercado ya no pueden competir con ellos las naciones europeas.

En un informe consular procedente de Pinar del Río, y ahora publicado por nuestro ministerio de Estado, se ponen bien de manifiesto las consecuencias de ese predominio mercantil de los yanquis. Las dificultades insuperables que allí encuentra el productor extranjero han sido causa de que los artículos todos, y en especial los de primera necesidad, se vendan á precios tan altos, que la vida es carísima, y aun las personas acomodadas tienen que someterse á privaciones que antes no sufrían.

Los impuestos al comercio, en general, son tales, que duplican y hasta triplican los que hubo que satisfacer durante la guerra de los diez años. Han disminuído de tal modo los capitales, que en un año han cerrado sus puertas más de trescientas casas de comercio, registrándose además doscientas quiebras, lo cual no se vió ni aun durante la angustiosa época, de triste recuerdo, del bloqueo por los buques de guerra de los yanquis. La falta de capitales paraliza la agricultura, y ni aun los que disponen de dinero se deciden á emplearlo en labores agrícolas ó empresas industriales, porque temen revueltas interiores ó conflictos con los mismos yanquis.

Aun desde el punto de vista financiero ha perdido Cuba con la intervención de aquéllos. En los días del gobierno de Estrada Palma llegó á haber 22 millones de pesos sobrantes en las cajas de la República. Hoy, en manos de los norteamericanos, el Tesoro de Cuba sólo dispone de 10 ó 12 millones.

Refiriéndose á estos y otros datos comparativos, escribía un periódico de la Habana: «Para desengaños el tiempo, y para enseñanzas la Historia.»

***

Panamá lleva camino de seguir la misma suerte que Cuba. En estos días (primeros de julio) debe haberse elegido presidente de la República. Los candidatos eran el vicepresidente Sr. Obaldía y el ministro de Relaciones exteriores Sr. Arias. Había gran excitación entre los partidarios de uno y otro, se temían colisiones, y para evitarlas y garantir la libre emisión del sufragio, las autoridades yanquis dispusieron que fuerzas de su marinería ocuparan los colegios electorales.

Así tiene ya que ejercer la más alta función de su soberanía el pueblo de la novel República creada por iniciativa y bajo la férula de los gobernantes de la Unión norteamericana. Hay que fiar poco en las aptitudes ó en la buena fe de los políticos yanquis como hacedores de repúblicas en América.

***

En el último mensaje (1.° de abril) leído ante el Congreso por el presidente de los Estados Unidos mexicanos, hacíase constar que la riqueza y prosperidad de la República siguen su marcha ascendente, á pesar de las dificultades de orden económico que ocasionó la crisis general debida á la transitoria mala situación de los mercados públicos extranjeros. A la paz y tranquilidad interior que viene disfrutando el país se debían el progreso y bienestar general.

Ahora, en estos primeros días de julio, esa paz y tranquilidad, causa principal del engrandecimiento de México, se ha perturbado. El telégrafo nos trae la noticia de movimientos revolucionarios en el Norte de la República, en la zona fronteriza con el Estado yanqui de Texas, y á la vez llegan periódicos de fecha anterior que nos dan, acaso, la clave de los hechos, aún no bien conocidos.

En efecto, dícese que el presidente, general Porfirio Díaz, en conferencia que tuvo con un periodista norteamericano, indicó su propósito de no aceptar nueva reelección una vez terminado el actual período constitucional. El prestigio y las energías del viejo general habían puesto coto á las ambiciones de quienes pudieran substituirle ó alcanzar, con otros gobiernos, codiciados cargos en la administración pública. Pero ahora, prevista la posibilidad de que en breve plazo cese el general Díaz de estar al frente del poder ejecutivo, los que hacen de la política medio de medrar y encumbrarse—que son allí, como en todas partes, la mayoría de los políticos—se apresuran á mover y agitar la opinión para adquirir popularidad que les ponga en buen camino de lograr sus aspiraciones.

Surgen ya en la capital y en los Estados artículos ó manifiestos en que se anuncia la caída de la dictadura, del despotismo y de la tiranía, y salen á luz los consabidos tópicos del renacimiento de la democracia, la resurrección de las libertades civiles, el sufragio libre, el despertar de los ideales políticos, etcétera, etc. Y para todo ello—escribe un periódico afecto á la situación—se emplean las frases cáusticas que han de encender la hoguera del odio en el corazón del pueblo, para lanzarlo al desorden y á la anarquía, reviviendo el funesto período del vandalismo político que por tantos años desangró al país, en sus aciagos tiempos, y del que sólo pudo librarlo la mano férrea del general Díaz.

Indudablemente, las primeras consecuencias de la agitación producida por los elementos políticos que aspiran á substituir al actual gobierno han sido los disturbios y sangrientos combates de que nos habla el telégrafo. Allí en la frontera de los Estados Unidos, con las espaldas bien cubiertas y con la complicidad ó ayuda de las gentes de Texas, se trata de constituir fuerte núcleo revolucionario para ganar el poder en ocasión propicia.

***

Los Congresos legislativos de las Repúblicas de Centroamérica, Nicaragua, Costa Rica, El Salvador, Honduras y Guatemala, dieron, por el orden en que se citan, su ratificación soberana á las Convenciones y Tratados de la Conferencia de Wáshington, los que, según el *Diario Oficial* de El Salvador, «marcan en la vida nacional centroamericana un punto de partida seguro y firme hacia una situación de paz perpetua y de adelanto verdadero: con razón de sobra se les considera como un triunfo glorioso y definitivo... Las cinco Repúblicas hermanas, vinculadas fuertemente por esas Convenciones, se consagrarán desde ahora á la realización de sus altos destinos; y ancho campo de acción tienen para ello, amparadas por el orden que aquéllas garantizan, é impulsadas por los sentimientos y las ideas que contienen, propicios los unos y las otras á una regeneración completa y á un definitivo estado de armonía, sosiego y engrandecimiento.» Allá veremos.

Una de las citadas convenciones es la relativa al establecimiento de una Corte ó Tribunal de Justicia Centroamericano, con residencia en la ciudad de Cartago, República de Costa Rica, al que cada una de las cinco repúblicas envía un magistrado propietario y dos suplentes. El alto tribunal se constituyó el día 25 de mayo con asistencia de los Sres. Creel y Buchanan que habían concurrido, en representación de los Estados Unidos mexicanos y los de Norteamérica, respectivamente, á la Conferencia de Wáshington, y que ahora, con su presencia y sendos discursos en la inauguración del Tribunal, dieron mayor solemnidad al acto.

Para trabajar en pro de la paz, unión y prosperidad de Centroamérica se ha fundado en México, por iniciativa del citado Sr. Creel, una Sociedad titulada «La Fraternidad Centroamericana,» que empieza con muy buenos auspicios. Presidió la sesión preparatoria el ministro de Instrucción pública y Bellas Artes Sr. D. Justo Sierra, y para la Junta Directiva del grupo mexicano fueron elegidas personalidades tan ilustres como D. Ramón Corral, D. José Ives Limantour, D. Félix Romero, D. Federico Gamboa, D. Pablo Macedo, D. Sebastián Camacho y D. Porfirio Díaz, hijo.

Según el Dr. Madriz, que en esa reunión expuso el objeto ó fin de la nueva Sociedad, México está obligada, por deber de raza y por propio interés, á contribuir al establecimiento de paz sólida y duradera entre las cinco repúblicas. Esa paz es una garantía para todos, porque la apertura del canal de Panamá puede ser un grave peligro, y es necesario precaverse contra probables ataques del enemigo común.

***

En Venezuela, el indomable Castro sigue haciendo alarde del desprecio que le inspiran los yanquis. *El Constitucional*, de Caracas, los trata con la mayor desconsideración posible: dice que los Estados Unidos son «el Caín de América, que simula cordial fraternidad para enmascarar sus brutales instintos.»

***

Ha sido elegido presidente de la República del Perú D. Augusto B. Leguía, que entrará en funciones el 24 de septiembre próximo.

El Sr. Leguía es joven; tiene 44 años de edad. Ha sido ministro de Hacienda y presidente del Consejo de ministros. Lo llevan al poder los partidos civilista y constitucional y se propone continuar la política del Sr. Pardo, es decir, la que aquí llamaríamos política liberal conservadora, en oposición á los radicalismos que substentan los demócratas ó pierolistas, promovedores de la tentativa revolucionaria que acaudilló Durán.

***

Otra vez la contradicción entre el telégrafo y el correo americanos. A un mismo tiempo casi recibimos del Paraguay, por correo, la rotunda afirmación, en el Mensaje presidencial, de que el orden público está completamente asegurado; por telégrafo, la noticia de nueva revolución, y de que el presidente de la República y el ministro de la Guerra se ponen al frente de las tropas leales para combatir á los insurrectos.

El presidente general Ferreira, que por medios revolucionarios alcanzó el poder, tiene ahora que defenderlo con las armas y tiene también que cumplir la solemne promesa que ante el Congreso Nacional hizo el 1.° de abril último: mantener la paz y la tranquilidad en toda la República, á costa de cualquier sacrificio, como el supremo bien que necesita el país para marchar resueltamente por el camino del progreso.

R. Beltrán Rózpide.

Yo, en cambio, me paso las horas tumbada en la galería que da frente á la huerta, con un libro en las rodillas

LA CARETA DEL CORAZÓN

CARTAS DE LINA

I

Fresnedo, julio de 1908.

«A cada nueva carta tuya, Eduardo querido, me entristezco más y de mayor lentitud me parecen los días. Detrás de tu letra gruesa y recta, te veo ceñudo, foscos los bigotes, mordiéndote los labios; igual, igual que en casa cuando sirvo el te á Juanito Navarro, ó como en las noches del Real cuando mamá se entusiasma con Anselmi, y yo me creo en la obligación de asentir... y aplaudirle.

»Estoy aburrida hasta la estupidez; y seguramente las muchachas y los jovencetes que se reunen en la playa por la mañana, que hacen excursiones por la tarde y bailan en el balneario por la noche, me deben estar echando una fama que ni la de miss Ada.

»Ella sí que goza á sus anchas. Estas brumas del Norte, esta melancolía de los pinares, las canciones que se oyen al ponerse el sol, sin saber de dónde vienen ni quién las canta, la recuerdan sus nieblas, sus esplines y sus novelas impresas en papel de fumar y encuadernadas en tela roja. En todo el día de Dios no se la oye más que «*How delightful! How charming it is!..*» Claro está, que siempre rígida, seca, inalterable la voz, que, según tú, suena á cerrojo ó á carraca, lo mismo que si dijera: «*How sorry Yam!*»

»¡La mordería! Yo, en cambio, me paso las horas tumbada en la galería que da frente á la huerta, con un libro en las rodillas—imposible leer; me sucede como en tus cartas: hay algo de ti detrás de cada letra,—mientras mamá se entrega al patriarcal esparcimiento de echar miguitas á las gallinas ó de ver «qué raras son las hojas de la patata.»

»Algunas tardes salimos de paseo. Delante, los chicos con miss Ada; detrás, mamá y yo con el médico y su señora: un matrimonio horriblemente cursi y ofensivamente gordo. El tiene pretensiones de gracioso, y todos los días se ríe á sí mismo la prehistórica agudeza de: «Linita, ayer me hablaron de usted.» Su señora se dedica al noble *sport* de las enfermedades: cuando no tiene jaqueca, es el estómago ó las palpitaciones del corazón—esto del corazón es lo que más le duele que no haya comprendido el galeno de su esposo—ó la blusa nueva de mamá.

»Luego, lo ameno y variado del paisaje. Unas veces la vía férrea, bajo un sol que parece mentira pueda vivir en este cielo tan antipático, andando sobre la arena abrasada, espantando las lagartijas.—Y sin embargo, por aquí es por donde me molesta menos pasear; creo que me voy acercando á ti.

»Otras veces, á trepar por la cuesta de Moranco, porque desde allí arriba se domina una gran extensión de mar—aunque malditos los deseos que se tienen de extasiarse y abrir la boca para decir «¡Oh!» cuando se llega rendido á la cumbre.

»Después, á las nueve, á la camita, que hay que madrugar... para hacer lo mismo que el día anterior: el baño, temprano, esperar al cartero—que no todos los días viene, señor faltón,—echarme la siesta por recurso, coger un libro para no leer y luego dar un paseíto con doña *Terapéutica* y sonreir cortésmente á su señor marido cuando llegue la hora de decir: «Linita, ayer me hablaron de usted.»

»¿Por qué no has venido, Eduardo mío? Esta separación me va siendo intolerable, y hay momentos en que pienso que el quedarte en Madrid ha sido un pretexto para engañarme más tranquilamente.

»¿Verdad que no, feúcho? ¿Verdad que te has impuesto ese sacrificio para que más pronto podamos casarnos y olvidar tanto como estamos sufriendo? ¡Si vieras qué atracones me doy de llorar! Ayer miss Ada, con su voz de fonógrafo roto, quiso consolarme: «*don't give way despair;*» pero yo no la hago caso. Tus cartas son mi único consuelo, y cuando me faltan, ¡me pongo de un humor!..

»Escríbeme, escríbeme mucho; háblame de ese Madrid que yo tanto quiero. Tú, al menos, eres feliz, porque á cada momento puedes decir: «Aquí estuvimos tal día.» Por esta alameda me dijo: «No seas loco; que te va á ver miss Ada.»

»Siempre, siempre tuya

»Lina.»

II

Fresnedo, julio de 1908.

«Estoy rendida, simpaticona Kare. El baile terminó anoche á las dos de la madrugada. Cuando salíamos del balneario nos encontramos con los pescadores que iban entonces á embarcarse. Se preparaba buena mañana, según me dijo uno de ellos.

»Cada vez estoy más contenta de que el bobalicón de Eduardo se haya quedado en Madrid. Tan pelma, tan celoso como es, no me hubiera dejado un rato libre.

»Mañana vamos á la romería de San Juan de Noreña. Ya te contaré. Vamos á ir solos las muchachas y los muchachos..., incluso míster Whistson, el ingeniero.

»Está cada vez más loco. Ayer se me volvió á declarar. Aquí todo el mundo nos cree novios, y yo me río. En el fondo no me disgusta, y si no fuera porque lo de papá va de mal en peor y porque este inglesote no tiene más que su sueldo de las minas...

»Pero me divierto un poco y eso basta. ¡Tiene una gracia!.. Ha estado en Málaga y ayer quiso bailar sevillanas con doña *Terapéutica*. ¡Había que ver el gesto que ponía miss Ada ante aquella flexibilidad de su compatriota de rigidez!

»Perdóname que no te escriba más. Aunque, después de todo, te pago con la misma moneda. Tú tampoco eres muy *lata*, como dice papá en el Senado alabando una disertación de D. Antonio Maura.

»¡Y luego llaman descanso al veraneo!

»Cuantos besos quieras.

»Lina.»

CARTAS DE EDUARDO

I

Madrid, julio de 1908.

«Mi muy adorada Lina: Sólo dos letras; son las cinco, se hace tarde para el correo y á las cinco y media estoy citado con Herrera, uno de los testamentarios.

»¡Cuánta pena tuya viene á buscar el estanque de la mía, lleno hasta rebosar de tristeza! En este calor angustioso que oprime á Madrid con un cinturón de fiebre, todo me parece hermano de mi abatimiento, de mi forzada resignación y de mi amor, que se encuentran como la rama de un árbol doblado de sol y la tierra, sedienta, resquebrajada, pronta á romperse.

»Y sin embargo, este verano es un camino de felicidad. Tú, bajo ese cielo gris y melancólico; yo, por estas calles solitarias y hostiles de la ciudad, somos peregrinos de amor que hemos de encontrarnos muy pronto.

»Confía en mí, como yo en ti confío. No escatimes tus cartas: ellas me saben á fuente de agua clara al borde de este sendero por donde se va arrastrando mi dolor.

»Tuyísimo

»Eduardo.»

II

Villa Aire Ona.

San Juan de Luz, julio de 1908.

«Hoy es un día espléndido de bravura, amigo Carlos.

Flecha el sol sobre las hojas;
vibran ilusiones rojas
en la sábana del mar.
Surge una ondina quimera.
Y oigo á Pan que desespera
porque no sabe nadar.

»¿Ves? Hasta escribo versos. Me parezco árbol, nube, ola, quisiera tener la ardiente voluptuosidad de la arena. Soy como un pedazo de Naturaleza que se reintegra á ella.

»Soy feliz, completamente feliz; tengo todo: el impetuoso amor de esta adorable Julia de ojos verdes que me va arruinando; el selvático alejamiento de la vida madrileña; la despreocupación de los negocios y de los libros, incluso la delicia de fingirme triste, según verás por la adjunta carta para Lina y que te mando abierta por si la quieres leer antes de echarla al correo.

»Y á propósito: procura no se te olviden en el bolsillo estas cartas mías. Lina se queja de que algunas llevan cuatro fechas de retraso.

»¡A ver si hace el demonio que se entere de que en vez de sudar en Madrid pensando en ella, estoy aquí tan ricamente con otra...

»Cae la tarde.

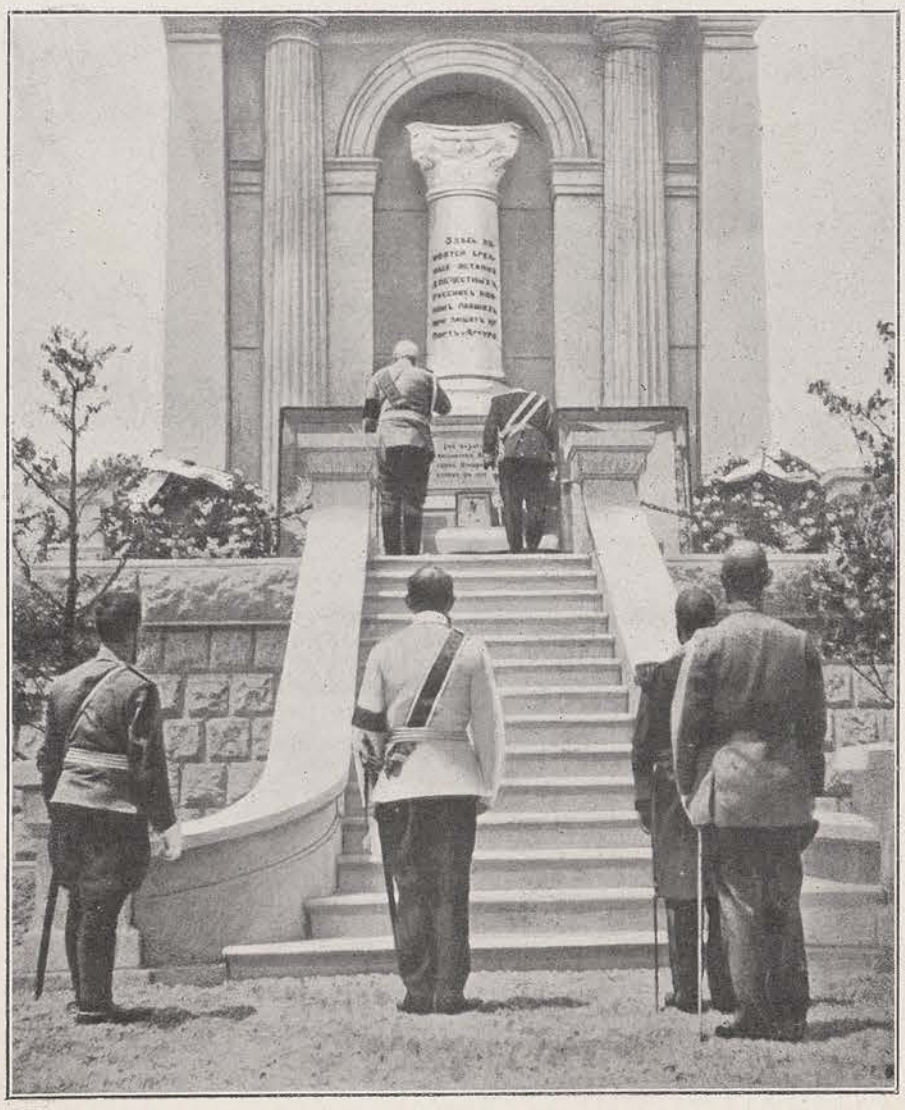
»Desde mi ventana, el mar es una imitación de oro y de fuego. Me voy á la playa, y desde allí te compadeceré, imaginándote en una mesa del *Lyon d'Or*, triste, nostálgico, viendo cómo riegan la calle de Alcalá.

»Gracias por tu *cartería honoraria*, y sabes que te quiere siempre

»Eduardo.»

José Francés.

(Dibujo de Carlos Vázquez.)



Puerto-Arthur.— Inauguración del monumento erigido por los japoneses á la memoria de los soldados rusos que murieron durante el famoso sitio de aquella plaza. Delante de la estela funeraria, los generales Tchichakoff y Nogi oran mientras al pie de la escalinata esperan su turno los generales Masscovitch, Hashimoto y otros. (De fotografía de J. C. Balet.)

En Puerto-Arthur.—Inauguración del monumento erigido á los soldados rusos muertos durante el memorable sitio de aquella plaza.

Importante en extremo fué la ceremonia de la inauguración de este monumento que el Japón, por iniciativa del general Oshima, ha erigido para honrar la memoria de los soldados rusos que sucumbieron defendiendo heroicamente Puerto Arthur.

He aquí en qué términos la describe un testigo presencial, M. J. C. Balet, que durante la guerra ruso japonesa fué corresponsal de un importante periódico ilustrado francés:

«El emperador había designado con toda intención al general Nogi para presidir esa solemnidad. El tsar, por su parte, había enviado, en representación suya, al general Gerngros y al almirante Massevitch, á quienes habíanse agregado el general Tchichakoff, comandante de las tropas de Kharbin, y una multitud de oficiales y hasta de simples soldados, todos defensores de Puerto Arthur, unos sin brazos y otros con cicatrices todavía visibles. Por los japoneses tributaban los honores el regimiento 39.° y un destacamento de la marina. Su bandera, hecha jirones y manchada de sangre, tenía una elocuencia sobrehumana al inclinarse ante la tumba de los adversarios de ayer que por dos veces habían matado al abanderado y arrebatado por un momento la insignia.

»Después de la consagración religiosa por el obispo de Pekín, los enviados de ambas naciones subían por parejas las gradas del mausoleo: el ruso multiplicaba los signos de la cruz; el japonés inclinábase hasta el suelo, y las dos veneraciones confundíanse en un mismo pensamiento. Nunca olvidaré el grupo de Nogi y Tchichakoff: el anciano guerrero japonés, el vencedor de Puerto Arthur, tan sencillo, tan desprovisto de presunción como el último de sus soldados, parecía conmovido; quizás invocaba también, detrás de aquellas tumbas rusas, las imágenes de sus dos hijos que perecieron en los sangrientos combates del sitio del cual es él el héroe.

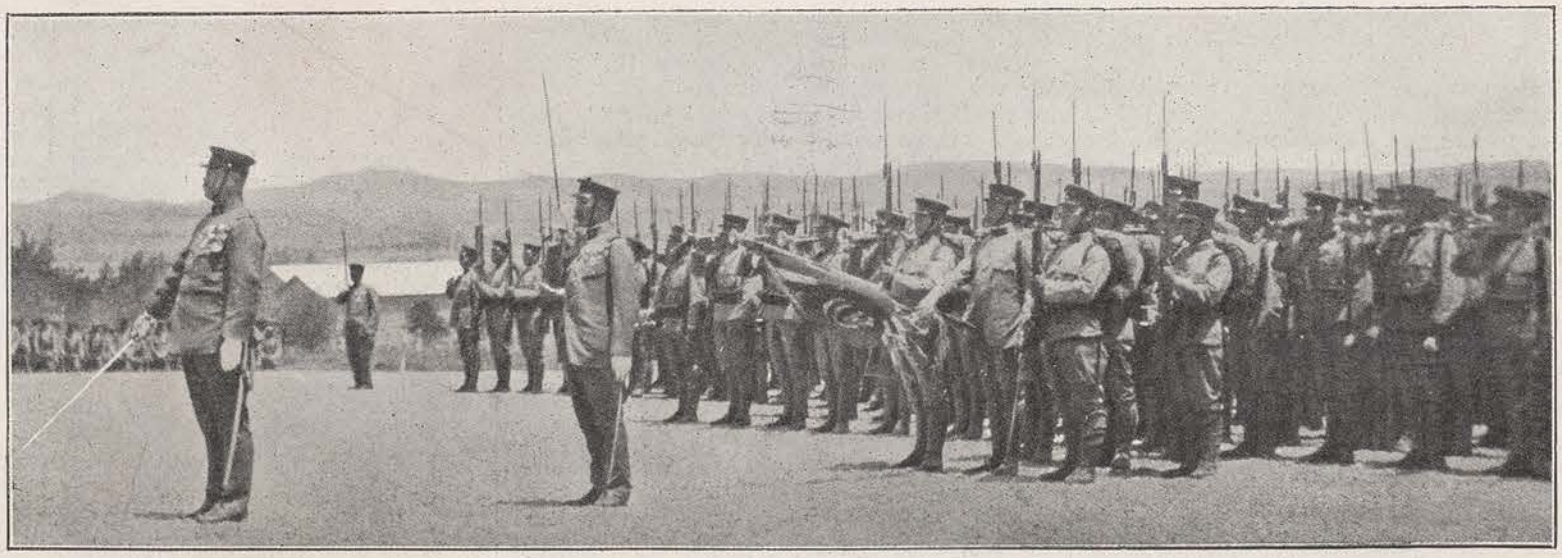
»Esta emoción estalló cuando, terminada la veneración individual, los delegados se saludaron. El general Nogi, en vez del acompasado apretón de manos de las ceremonias oficiales, cogió los brazos de los enviados rusos y los sacudió con una rudeza y un vigor que mal disimulaban los sentimientos del corazón, no encontrando ya palabras para decir lo que sentía. Entonces el general Gerngros, substrayéndose á esas efusiones, avanzó delante de las tropas que presentaban armas y gritó: «¡Al emperador del Japón, al valiente ejército japonés, hurra!» Y de todas las bocas un eco potente respondió al hurra tres veces.

»Entonces el general Nogi se puso á su lado, y con voz que difícilmente emitirá otra vez, y con un ademán que yo no había visto jamás en él y que reflejaba toda su alma, exclamó: «¡Al emperador Nicolás, á los valientes rusos muertos y á los soldados que tan bien defendieron á su patria, *banzai!*»

»Y aquel *banzai* que todos repetimos durante un minuto, será, mejor que todos los tratados de cordial inteligencia, el signo y el sello de una reconciliación indudable entre Rusia y el Japón.»

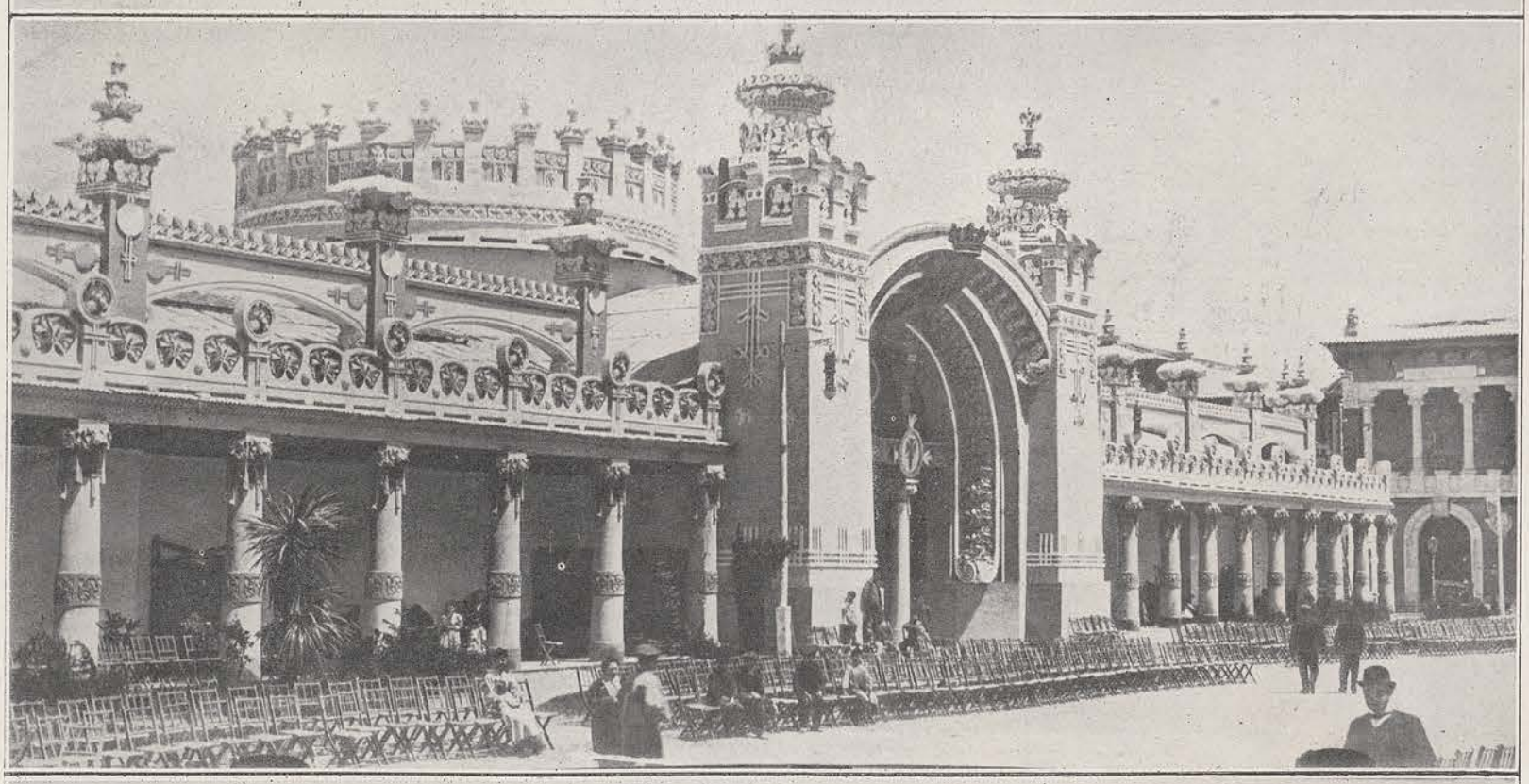
Después de la ceremonia, el general Oshima obsequió con una comida y una *garden party* en el Club de los oficiales á los militares rusos, quienes fueron objeto de las más cariñosas atenciones.

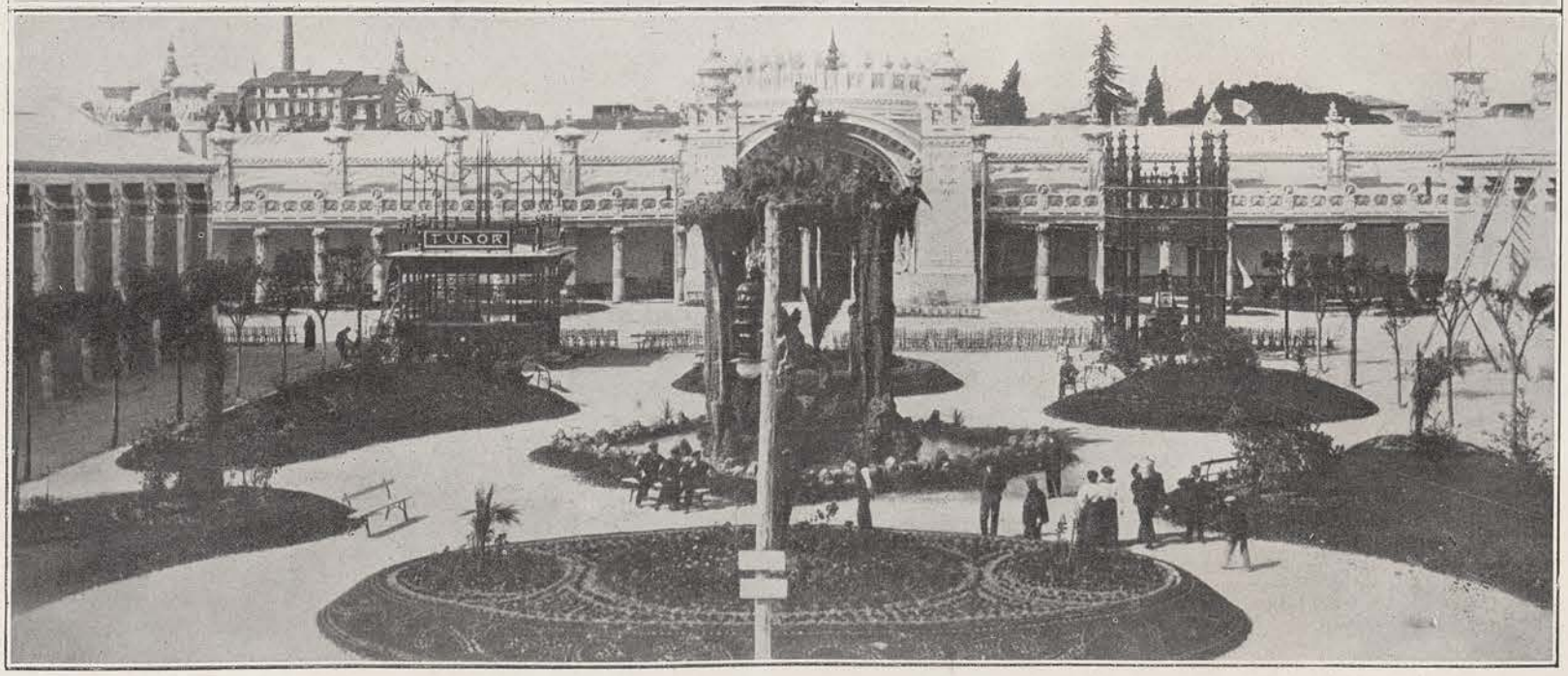
Los japoneses, que tan admirablemente se portaron durante la guerra, se han conquistado, con ese acto, uno de los más conmovedores que la historia registra, un nuevo título á la admiración del mundo civilizado, ya que honrar á los vencidos, como ellos los han honrado, constituye una de las mayores virtudes de los pueblos realmente grandes.—R.



Puerto-Arthur.— El 39.° regimiento de infantería japonés presentando las armas delante del monumento. (De fotografía de J. C. Balet.)

ZARAGOZA.—EXPOSICIÓN HISPANO-FRANCESA. (De fotografías de Asenjo.)





Pabellón del Ministerio de Fomento.—Pabellón central ó de Alimentación.—Explanada central en donde están los pabellones de la Industria y de la Alimentación

MADRID

MONUMENTO Á CASTELAR

INAUGURADO

EL DÍA 6 DE LOS CORRIENTES

El insigne escultor Mariano Benlliure, autor del monumento

El general López Domínguez, presidente de la comisión ejecutiva del monumento

D. Rafael del Val, secretario de la comisión ejecutiva del monumento

A raíz de la muerte del ilustre repúblico D. Emilio Castelar, acaecida en mayo de 1899, un sentimiento unánime de España toda, sin distinción de clases ni de partidos, expresó, con la fuerza inmensa que tienen esos impulsos del alma nacional, el deber en que el pueblo español estaba de inmortalizar con un monumento la memoria del que tanto había hecho por su patria, del orador elocuente que fué la admiración de propios y extraños, del político honrado que se sacrificó siempre en aras de sus patrióticos ideales, del gobernante sabio y enérgico que en días tristes y difíciles de nuestra historia supo regir con mano firme, con tesón inquebrantable, la nave del Estado.

Para realizar el pensamiento, constituyóse una comisión de notables personalidades, cuya presidencia se confió al general López Domínguez y de la que fué secretario D. Rafael del Val, sobrino del preclaro tribuno, comisión que ha llevado á cabo su cometido con universal aplauso. De los trabajos por ella realizados dan perfecta idea los siguientes párrafos del discurso pronunciado por el general López Domínguez en el acto de la inauguración.

«No fué, señores, difícil—dijo—la labor que se encomendó á la Comisión por mí presidida. Se trataba de perpetuar la memoria de un hombre ilustre, de honrar á un gran patriota, y la idea tomó cuerpo en seguida, porque en todas partes fué acogida con cariño, con verdadero entusiasmo. Solicitamos primero el concurso de las provincias, y el éxito de esta primera gestión fué tan completo, que de las 49 provincias españolas, 47 acudieron al llamamiento, aportando cantidades respetables.

»Después nos dirigimos á las fuerzas vivas, á las entidades importantes de nuestra Patria, y la subscripción abierta aumentó con este motivo notablemente.

»También creyó oportuno la Comisión hacer un llamamiento á las Repúblicas americanas, por haber llegado á ellas muchas veces la voz elocuente de Castelar, y las esperanzas que abrigábamos se colmaron en un todo. Todos aquellos países contribuyeron á que la subscripción aumentara, y especialmente México y la Argentina dieron una vigorosa prueba de amor á España.»

El monumento, que se ha erigido en la Castellana, es obra del insigne escultor Mariano Benlliure. He aquí en qué términos lo ha descrito detalladamente el eminente novelista don Jacinto Octavio Picón.

Uno de los últimos retratos de Castelar. (De fotografía de Reymundo y C.ª)

«Sobre una planta rectangular de granito se alza un bloque de piedra caliza, que tiene los ángulos matados, estrechando de abajo arriba, como para guiar la mirada hacia el cuerpo más importante: encima de ese bloque hay un estrecho basamento de mármol blanco, que sustenta dos bancos de bronce, iguales á los del Congreso, puestos diagonalmente; colocada entre ellos, en actitud de hablar, alta la cabeza, extendida la diestra, está la figura de Castelar, también de bronce, parecidísima de rostro y de apostura, y llena de dignidad y nobleza.

»A la izquierda de Castelar, y algo más baja, cual si se desprendiera del trozo de mármol blanco en que está labrada, aparece una gallarda figura de mujer, desnuda como la Verdad, hermosa como Venus, que dejando caer hacia atrás lánguidamente la cabeza, parece abismada en la delectación mental de lo que escucha al orador maravilloso. ¿Qué representa aquella mujer? ¿Es la inspiración que anima? ¿La razón que persuade? ¿La poesía que encanta? Todo ello junto.

»La persona de Castelar y los dos escaños de bronce entre los cuales habla, destacan sobre un gran cubo ó dado de mármol rojizo obscuro, á cuyos lados hay dos estrechas escalinatas. Por la de la izquierda suben dos figuras de mármol blanco: son Cicerón y Demóstenes, pero no fingidos por la imaginación del artista, sino copiados, variando, como es natural, el movimiento de las dos famosas estatuas clásicas que de ambos se conservan. El gran orador de Roma y el de Grecia vienen atraídos por el supremo artista de la oratoria moderna: el manto de uno y la toga de otro se ciñen á sus cuerpos robustos; los pies se apoyan fuertemente en los peldaños; las cabezas expresan curiosidad, interés, admiración, asombro; el que va delante parece decir: «¿Quién habla así? ¡Es nuestra elocuencia, nuestra alma, nuestra libertad!» Y allí se detienen, como si en aquellas palabras que escuchan viniera para ellos la visión magnífica de cuanto el rodar de los tiempos trajo al mundo desde que ellos vivieron.

»Por la escalinata de la derecha suben un obrero, un soldado y un estudiante: son el taller, el cuartel, el aula: la juventud en toda su plenitud, bravía y valerosa; son los que manejan la herramienta, el fusil y el libro.

»La parte posterior baja del monumento está for-

mada por un alto relieve de superficie convexa, ejecutado en bronce, de pátina verdosa, que conmemora las campañas de Castelar por la abolición de la esclavitud en nuestras antiguas colonias. Lo componen ocho valientes, robustas y bien movidas figuras de hombres y mujeres en actitud de mostrar las cadenas

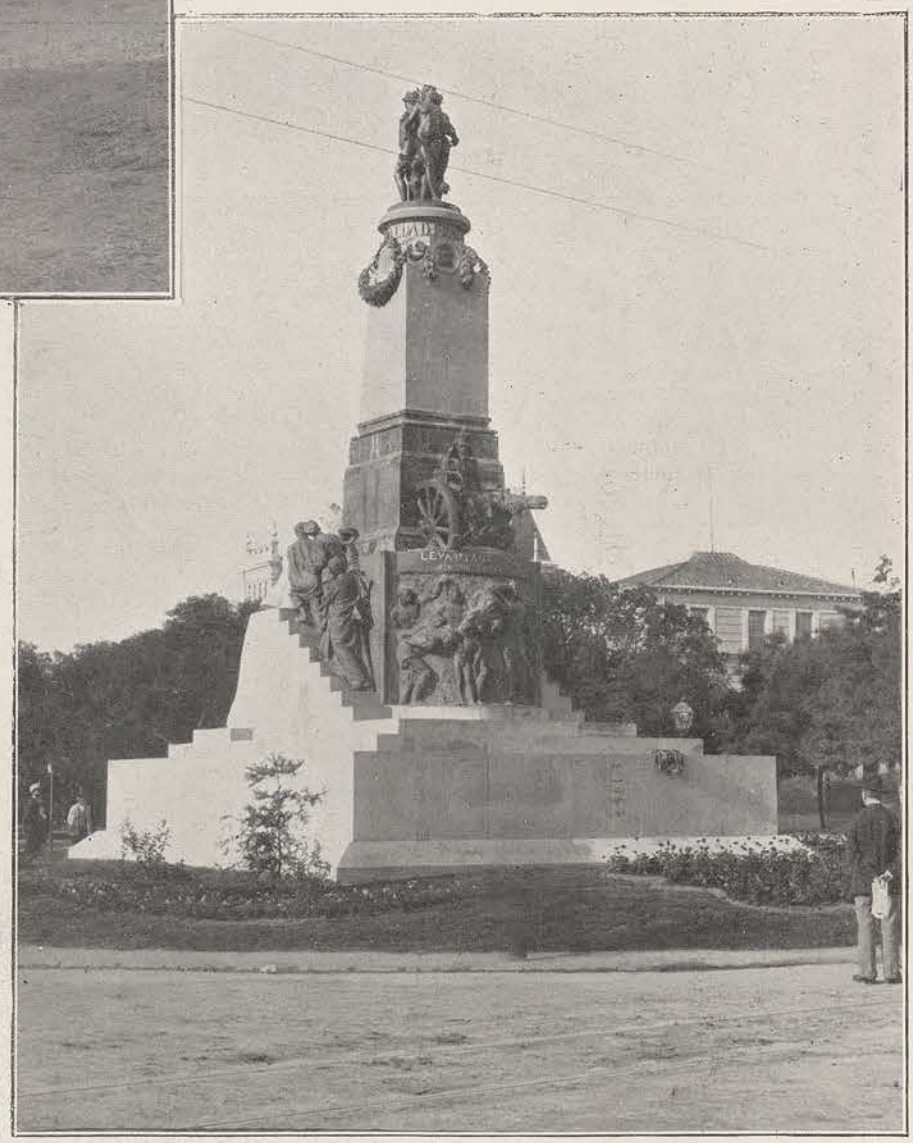
Madrid. — Monumento á Castelar, inaugurado el día 6 de los corrientes, obra del insigne escultor Mariano Benlliure. El monumento visto de frente.

rotas, mientras por cima de ellas se leen estas palabras de un discurso del famoso tribuno: «Levantaos, esclavos, porque tenéis Patria,» escritas en letras de oro.

»El cuerpo medio de la parte posterior lo forma un grupo compuesto por un cañón de artillería rodada, visto por la boca de la pieza, y en cuyo armón va sentado, cara al espectador, un artillero, tipo impregnado de ruda y encantadora verdad: es el hijo del pueblo, hecho soldado, y á cuyas manos confía la Nación la más formidable de sus armas. De esta suerte se perpetúa el recuerdo de uno de los actos más elogiados de la vida de Castelar: la reconstitución del cuerpo de artillería.

»Entre las dos caras, anterior y posterior, y las dos escalinatas y grupos de los costados, que constituyen las partes inferior y media del monumento, se alza, formando centro por elevación, un paralelepípedo de piedra caliza, rematado á modo de pedestal. Ornan su parte superior los cuarteles del escudo patrio, combinados con colgantes y guirnaldas de follaje, y encima se yerguen tres figuras de mujeres desnudas, en las cuales ha simbolizado el escultor las tres palabras «¡Libertad!» «¡Igualdad!» «¡Fraternidad!»

Al acto inaugural, efectuado el día 6 de los corrientes, asistieron el presidente del Consejo de ministros Sr. Maura, representaciones de las Cortes y de los partidos políticos, el alcalde de Madrid conde de Peñalver, el presidente de la Asociación de la Prensa D. Miguel Moya, gran número de periodistas, comisiones del cuerpo de artillería y de milicianos, etc. Pronunciaron sentidos discursos los Sres. López Domínguez, Maura y conde de Peñalver, y al descorrer el Sr. Maura la tela que cubría la estatua, resonó una prolongada y ruidosa salva de aplausos.—P.



Cara posterior del monumento. (De fotografías de Pedro Calvet.)

CÓMO SE FUNDA UNA UNIVERSIDAD EN CHICAGO

La Universidad de Chicago se dispone á festejar el vigésimo año de su existencia; con este motivo parécenos oportuno decir algo de su historia.

Fundada en 1886 la primera institución que llevó aquel nombre, fracasó apenas nacida; pero uno de los «reyes» de Chicago, Juan D. Rockefeller, prestó á una segunda tentativa una poderosa ayuda, y secundado por el eminente profesor Guillermo R. Harper, hizo que la asamblea anual de Boston, de 1889, aprobase su proyecto, mediante su ofrecimiento de 600.000 dólars, á condición de que se encontrasen 400.000 más.

En 1889, la nueva universidad tuvo existencia jurídica, siendo elegido presidente de ella Mr. Harper, y apenas inaugurada heredó 500.000 dólars de un nuevo donador, Mr. Guillermo B. Ogden. Dos años después, miss Elena Curvey dió una finca estimada en un millón, y Mr. Rockefeller, no queriendo ser menos, entregó igual cantidad y posteriormente ha ido dando otras hasta la suma de 20 millones de dólars. Esta munificencia explica por qué al título oficial de «Universidad de Chicago,» se le añade «fundada por Juan D. Rockefeller.»

Mas no es él único favorecedor del famoso establecimiento, ya que las generosidades de otras procedencias alcanzan á la cantidad de ocho millones de dólars.

La Universidad de Chicago hállase situada casi en las afueras de la ciudad, entre los dos inmensos parques de Wáshington y Jakcson; allí han surgido los veintitantos edificios en donde se organiza y distribuye la vida intelectual, moral y material de la gran corporación universitaria. Esos edificios recuerdan por su arquitectura, que es de estilo inglés del Renacimiento, los de las universidades de Oxford y de Cambridge.

Las artes, las letras, las ciencias, la teología, el derecho, la educación, el comercio y la administración forman en la Universidad de Chicago otras tantas facultades distintas, las cuales se dividen en sesenta y un departamentos especiales de instrucción. Los profesores son más de 500 y los instrumentos de trabajo son abundantísimos: la biblioteca contiene 447.166 volúmenes y recibe 1.500 periódicos; la química, la física y las ciencias biológicas tienen sendos laboratorios; la geología y las ciencias orientales, su museo propio, y la astronomía, su observatorio.

El rápido aumento de los efectivos escolares justifica tan gran desarrollo: en 1892-93, el número de alumnos inscritos en los *College and Graduate Classes,* es decir, en los cursos que corresponden á nuestra segunda enseñanza y á la enseñanza superior, era de 698; en los años sucesivos fué de 920, 1.347, 1.815, 1.880, 2.307, 2.959, hasta llegar, en 1889 90, á 3.000. En 1905-06 alcanzó la cifra de 5.079.

A esta enseñanza directa hay que añadir la del departamento de *Extensión,* que consiste en difundir la enseñanza superior fuera de la universidad por medio de cursos ambulantes, de trabajos por correspondencia, de lecturas dirigidas y de préstamos de obras. Este sistema, que se halla establecido en Inglaterra desde hace mucho tiempo y que se sigue ya en algunas universidades francesas, era demasiado democrático para no propagarse rápidamente en los Estados Unidos; de aquí que la Universidad de Chicago se haya preocupado de él desde sus comienzos y no haya cesado desde entonces de practicarlo, cada día con mayor éxito. El año 1906-07 hizo circular 6.000 volúmenes y dió 51.772 audiciones en 147 centros diferentes y 191 cursos de seis lecciones cada uno. En presencia de tan brillantes resultados, compréndese la orgullosa satisfacción de la Universidad de Chicago y su deseo de festejar su extraordinario progreso.—T.

EL CARDENAL MANNING, por W. Onles

UN BUEN AMIGO, cuadro de Guillermo Trubner

EN EL BAÑO, cuadro de E. Zier

LA OBRA DEL «BOCADO DE PAN,» cuadro de G. Pierre. (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1908.)

CIUDADANOS DE HESSE, celebrado cuadro de Carlos Bantzer

BARCELONA. – INAUGURACIÓN

DEL DISPENSARIO MUNICIPAL OTO-RINO-LARINGOLÓGICO

El día 5 de los corrientes se inauguró este dispensario, instalado en la tenencia de alcaldía del distrito de la Concepción y que responde á las siguientes necesidades: inspección y tratamiento médico de los alumnos de la Escuela de sordo mudos; asistencia facultativa oto-rino-laringológica á los enfermos de la beneficencia municipal; enseñanza de la especialidad, ó cuando menos, prácticas de exploración oto-rino-laringológica asequibles á los estudiantes y médicos generales que deseen tener conocimientos de la misma.

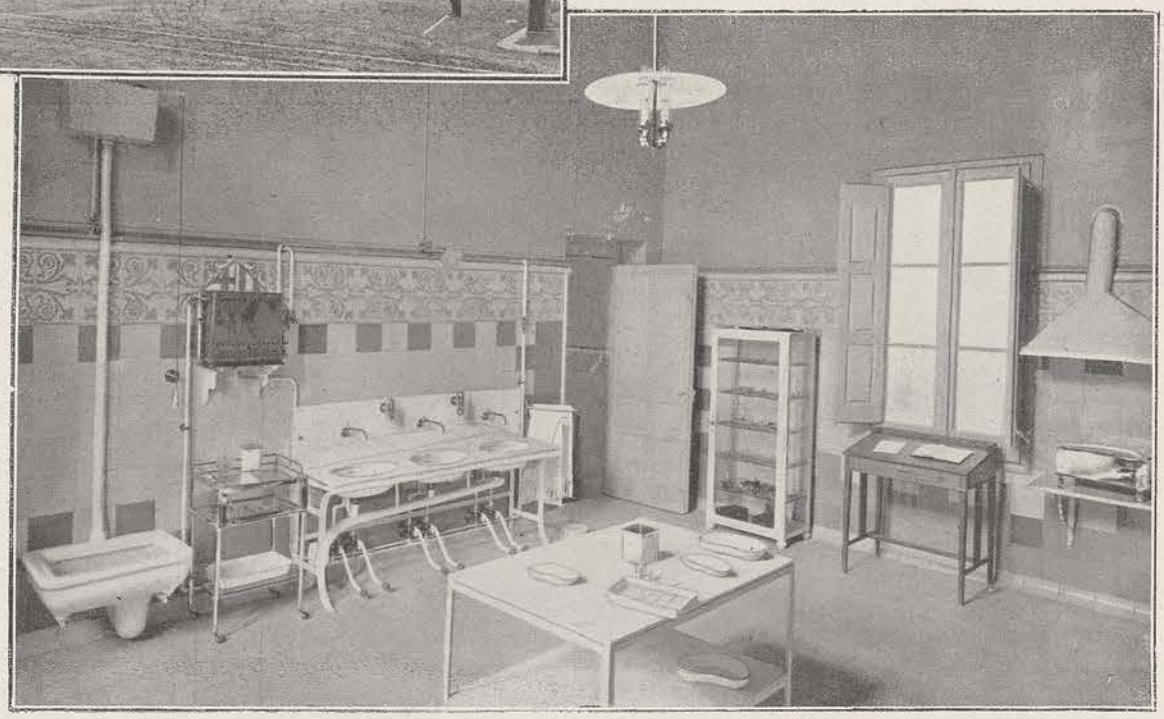
En una palabra, el nuevo dispensario está montado según los últimos adelantos científicos y dotado de un instrumental completo y modernísimo, así como de todos los aparatos y accesorios necesarios para la especialidad á que se le destina. Al frente del mismo figura como director el reputado especialista Dr. D. Avelino Martín.

Barcelona. – El dispensario municipal oto-rino laringológico inaugurado el día 5 de los corrientes. Edificio en donde está instalado el dispensario.

En la planta baja del edificio hay un despacho con su correspondiente biblioteca científica, el cuarto de inscripciones y dos salas de espera. La sala de intervenciones y curas hállase provista de un *vidoir* con chorro automático, de asientos de cristal y metal, de tres tuberías de conducción de agua caliente, fría y suero, de lavabo con agua esterilizada, de una gran mesa operatoria sistema Mathieu, con bomba de aceite y con movimientos para adaptarse á diversas posiciones. El suelo de esta sala es de declive central y desagüe provisto de sifón, que también tienen todas las demás cañerías de desagüe del Consultorio.

La sala de éste tiene asientos para enfermos, escupideras de chorro automático, cuadro mural para galvanocáustico, electrólisis, faradización, motor, etc., recipiente para lavado de instrumentos, *etagere* para colocar las cubetas con soluciones antisépticas y el esterilizador provisto de chimenea que vierte el vapor de agua al exterior, gran lavabo con tres palanganas, botiquín y mesa central.

Desde una de las salas de espera, una cómoda escalera conduce á los altillos, en los cuales hay dos habitaciones para enfermos operados, provistas de luz eléctrica y *water-closet*. También se halla instalada en este piso la sala de autoclaves que corresponden á la sala de curas é intervenciones y están destinados el uno á esterilizar agua y suero y el otro á material de curas.



Sala de intervenciones y curas. (De fotografías de A. Merletti.)

Al acto inaugural asistieron el alcalde accidental Sr. Bastardas, varios concejales, el arquitecto municipal Sr. Falqués, el jefe del cuerpo médico-municipal Dr. Macaya, el comisario regio de Instrucción pública, los directores de los hospitales de Santa Cruz, Clínico y Militar, algunos catedráticos, médicos y otras distinguidas personalidades. Los doctores Macaya y Martín dieron explicaciones sobre el dispensario, elogiando además la obra realizada por el Ayuntamiento; el concejal Sr. López pronunció un discurso patentizando el interés que la comisión municipal de Gobernación ha demostrado en favor de la beneficencia y de la sanidad, y el Sr. Bastardas dedicó encomiásticas frases á la comisión mencionada y á los facultativos del dispensario.

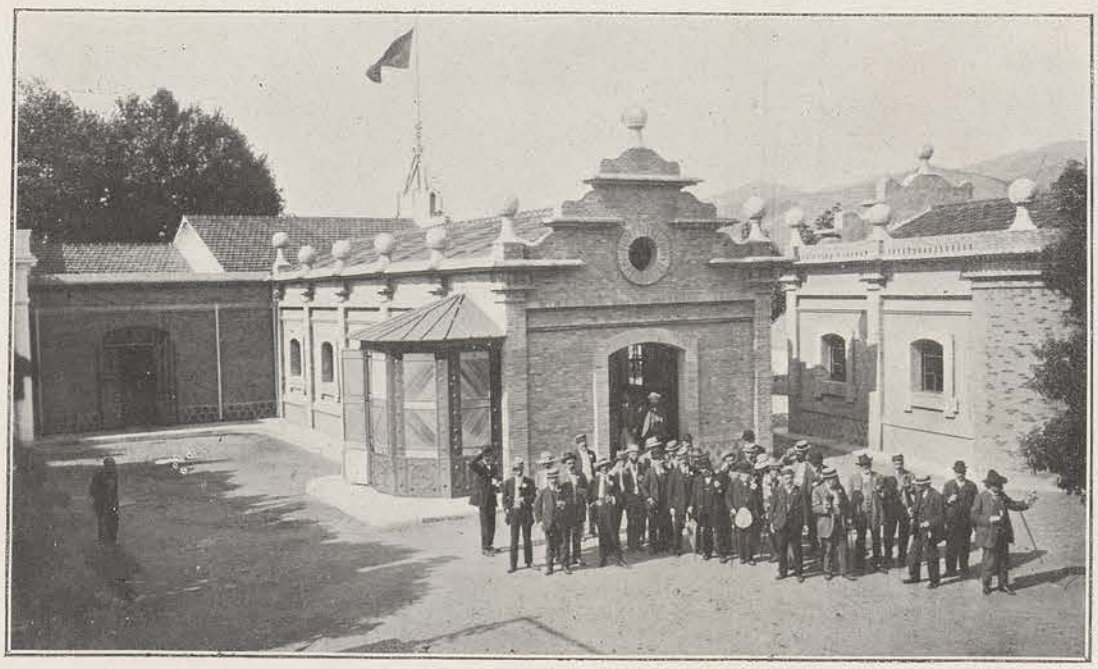
BARCELONA. – EL ACUEDUCTO DE MONCADA

Con objeto de inspeccionar el estado de los trabajos de esta importante obra que, una vez terminada, tanto contribuirá al saneamiento de nuestra ciudad, dotándola del abundante caudal de agua de que tanto necesita, realizó hace pocos días el Ayuntamiento una visita oficial al acueducto de Moncada. Los expedicionarios descendieron á las galerías, construídas unas, y otras en construcción; examinaron la notable instalación de máquinas, pozos y vertederos; visitaron la boca mina de la Acequia Condal, el distribuidor de aguas y el criadero de árboles del Ayuntamiento.

Las obras del acueducto comenzaron en 19 de marzo de 1891; la longitud total del mismo es de 6.503 metros y su sección de 3'40 de ancho por 3'38 de alto. Al presente hay construídos 5.727'50 metros, que han costado 2.027.125'77 pesetas, faltando, por lo tanto, construir 780'50 metros, de los que hay subastados y en curso de ejecución 656 metros por un valor de 499 646'80 pesetas; queda, pues, únicamente para su total terminación 124'50, cuyos proyectos están pendientes de subasta.

El acueducto totalmente terminado costará 2.659.773'15 pesetas.

La sección facultativa de Urbanización y Obras tiene formado el proyecto para la terminación del acueducto, elevación y distribución de las aguas dentro del término municipal de esta ciudad, ascendiendo el presupuesto total á 14.718.404'21 pesetas. El agua llegará á Barcelona con una presión de 10 atmósferas sobre el nivel del mar, es decir, 100 metros de altura.



Barcelona – Visita oficial á las obras del acueducto alto de Moncada. El Ayuntamiento y los invitados (De fotografía de A. Merletti.)

Las aguas desde Moncada irán á parar al sitio de su elevación, el solar del Ayuntamiento llamado «La Trinidad,» en donde se instalarán las máquinas elevatorias de 1.000 caballos de fuerza y los demás aparatos necesarios, y de allí entrarán en el acueducto, en el que habrá, al principio, un depósito regulador, y al final los depósitos, de los cuales partirán las cañerías de distribución.

El acueducto estará iluminado eléctricamente, y por el centro del mismo circulará un pequeño ferrocarril sistema Decauville para las necesidades del servicio y para facilitar la inspección.

El proyecto ha sido redactado por los facultativos señores Falqués y Steva.

Para aumentar el caudal de aguas de esta ciudad, el Ayuntamiento construyó los tres pozos de Moncada, cuya estación elevatoria se compone de tres calderas, dos máquinas verticales, cuatro bombas, que elevan al día unas 10.000 plumas, y todas las demás máquinas auxiliares necesarias para el buen funcionamiento de esta instalación, como son caballetes de vapor, reguladores de tiro para las calderas, contadores para saber el agua evaporada, gasómetros para la iluminación y un vertedero para medir, siempre que convenga, el agua que se eleva y envía á esta ciudad.

Todas las obras de albañilería que se han realizado en la citada instalación han sido ejecutadas por las brigadas municipales, y los trabajos de herrería, carpintería, lampistería, pintura y vidriería por los talleres que han sido montados hace algún tiempo por el Ayuntamiento y funcionan por cuenta del mismo

En el almuerzo que, con motivo de la visita oficial, se celebró en el departamento de los pozos, el alcalde accidental Sr. Bastardas pronunció un breve discurso elogiando á cuantos han intervenido en esa grandiosa obra, que ha de llenar una de las más apremiantes necesidades de nuestra capital, poniéndola, desde el punto de vista importantísimo del abastecimiento de aguas, á la altura de las mejores urbes del extranjero. – S.

EL HEREDERO

Novela inglesa original de Sydney C. Grier.—Ilustraciones de G. P. Jacomb-Hood. R. I.

(continuación)

Está bien; pero, mientras pueda, me quedaré sentada afuera, dijo Irene resueltamente

Aún no había anochecido, y como Zoe creía irrevocable la decisión tomada por Irene, se sorprendió mucho al verla subir las gradas y entrar en el santuario sin protestas ni vacilaciones.

—Zoe, dijo con ansiedad en voz baja, tenemos aquí un amigo, se llama Vlasto; es el que ha venido hoy con Milosch.

—¿Pero has estado hablando con él todo ese tiempo? Irene, por Dios, mira que puede ser un espía.

—No, escucha, yo te diré lo que ha pasado. Estaba yo sentada en la parte exterior de la puerta, cuando vi que subía la cuesta trayendo un haz de leña. Tropezó y le faltó muy poco para caer al suelo, y entonces lanzó una exclamación en escita puro, no en esa lengua mixta que hablan los otros. Luego parece que recapacitó y miró en torno suyo como para cerciorarse de que nadie le había oído; aquello me llamó mucho la atención y me decidí á hablarle en escita, y entonces me dijo que el profesor Panagiotis le había enviado aquí.

—¿Que le ha enviado el profesor, dices? ¿Para hablar con Mauricio?

—No, para hablar conmigo. Adivinó quién era yo cuando me vió adorar los *ikones;* el tropezar y la exclamación en escita fueron ardides para que reparara en él.

—¿Pero cómo podía saber el profesor que estabas aquí?

—Eso mismo le he preguntado yo, pero parece ser que no lo sabe; lo que sí me dijo que le parecía que el profesor me espera junto con vosotros, mas yo le aseguré que no. Entonces me manifestó que el profesor debió sospecharlo al tener conocimiento de mi fuga, pero que de esto no le había hablado una sola palabra.

—Quiera Dios que todo sea para bien, murmuró Zoe en tono de duda.

—¿Y qué mal puede haber en todo esto? Me ha dicho que venía á advertirme que el profesor se proponía llevar á cabo un proyecto que tiene ideado; á decirme que no me marche á Therma con vosotros cuando nos pongan en libertad, porque sería muy fácil que me conociera alguno de los de la colonia escita. Pero me negué á seguir semejantes consejos, y le contesté que no me separaría de mis fieles amigos hasta que no estemos todos en completa seguridad.

—Mira, Irene, yo no creo que el profesor Panagiotis haya mandado aquí á ese hombre, exclamó Zoe. No puedo creer que el profesor haya ido á escoger por mensajero á uno que habla escita; y además, ¿por qué había de dirigirse á ti en vez de dirigirse á nosotros?

Esta pregunta la hizo porque allá en su interior temía que el profesor hubiera cambiado de parecer y abandonara la causa de Mauricio; pero Irene creyó que la duda provenía de su amor propio ofendido por aquella gran postergación suya.

—Es preciso que te lo explique todo, Zoe, dijo Irene con mucha dulzura, porque no quería que de

ningún modo se trasluciera en sus palabras el menor asomo de superioridad. Yo soy Irene Nicolaievna Teofan, y el profesor tiene á su cargo la honrosa empresa de sentarme en el trono de mis imperiales antecesores.

—Sí, querida, sí; todo eso lo sabía yo; pero ¿por qué ha hecho la tontería de enviarte ahora un mensajero para ese asunto?

—¿Lo sabías tú ya?, preguntó Irene casi sin respirar. ¿Y por dónde te has enterado?, volvió á preguntar con ansiedad.

—El profesor nos habló de ti y de pronto caí en quién eres. Todo cuanto yo sé de Irene Teofan te cuadra á ti perfectamente y á nadie más.

—¿Lo sabe Mauricio también?

—No, estoy segura que no sabe nada, ni tampoco hay necesidad de que lo sepa. Que se quede esto entre nosotras dos.

—Pues yo quiero que Mauricio lo sepa, dijo resueltamente Irene. Si tú no se lo dices, se lo diré yo.

—No, no; yo se lo diré, contestó Zoe con viveza.

—Perfectamente, y me harás el favor de decírselo lo antes posible. Estoy contenta porque por fin se ha aclarado todo. Si cuando nos vimos por primera vez os hubiera conocido como os conozco ahora, os lo hubiera dicho entonces.

—Pero, por Dios, Irene, estás hablando como si de pronto te hubieras alzado unas cuantas millas sobre nuestras cabezas. Nosotros somos nosotros y tú eres tú, exactamente como antes. Yo te aseguro que tan sorprendentes nuevas no nos han de hacer cambiar en lo más mínimo, y como tengo muy buena idea formada de ti, sé perfectamente que á ti te pasará otro tanto.

Irene se sonrió con cierto embarazo y dijo después:

—Quizás hubieras preferido que siguiendo el consejo del profesor no te hubiera dicho nada.

—¿Te aconsejó el profesor que no nos dijeras nada?

—Ese ha sido precisamente el recado que me ha traído Vlasto, que no debía de ningún modo participaros su proyecto.

—Y á pesar de eso, vienes y me lo dices en seguida.

—El profesor Panagiotis no tiene ninguna clase de autoridad sobre mí, contestó Irene con dignidad. Puede, sí, darme su opinión y yo aceptarla ó rechazarla, según me parezca.

—¿Pero qué razones habrá tenido el profesor para obrar de ese modo?, se preguntaba mientras tanto Zoe.

—También quiso saber si yo os había dicho quién era, y me rogó que, si no lo había hecho, continuara guardando el incógnito. Esto me hizo comprender que no me portaría bien con vosotros diciendo á unos compañeros de toda mi confianza lo que sabe ya cualquier labriego.

—¿Te hizo más preguntas?, preguntó Zoe, que estaba ya demasiado excitada para reparar en las vacilaciones mentales de Irene.

—Sí, tenía mucho interés en saber si todas las joyas de familia que yo me llevé de casa se habían perdido definitivamente. Según parece, la *plaque de corsage* de rubíes la habían puesto en venta en Therma y después la han deshecho; aquella que tenía las alas, ¿la recuerdas? Esta noticia me causó de pronto un gran digusto, pero le aseguré que se había salvado la mejor de todas.

Ya era de noche; Irene cogió la mano de Zoe é hizo que tentara su falda.

—Este es el cinturón de la emperatriz Isidora, dijo al tropezar varias veces los dedos de Zoe con algo redondo y duro.

—¡Irene, este es el lastre que cosiste á la falda! ¿Y lo has llevado aquí todo ese tiempo? Ahora comprendo por qué no querías que nadie la tocara, exclamó Zoe.

—Sí, los escondí aquí el día que te hice salir á dar un paseo por Pizlepka ¿No es verdad que parece que desde entonces ha pasado mucho tiempo? No me atreví á guardarlos en los bolsillos. Este cinturón es de lo más precioso que hay en el mundo. Desde la caída de Czarigrad ha venido pasando secretamente de uno á otro en la familia.

—Pero, Irene, ¿lo tenías en tu poder cuando aseguraste á los bandidos que todo lo habías entregado ya y permitiste que el capitán Wylie jurara de que decías la verdad?

En el semblante de Irene se reflejó en aquel momento su indecisión.

—Sí, dijo por fin; ya lo veo. Hay momentos que siento haberlo hecho, sobre todo después de saber cómo pensabais tú y Mauricio sobre el particular. Pero me consuelo cuando pienso que no podía separarme de él de ningún modo y que para salvarlo no podía hacer más que lo que hice.

—No; di que en realidad tú no lo sientes, dijo Zoe con acento severo, porque si lo sintieras se lo entregarías ahora mismo á los bandidos.

—Eso es completamente imposible, mujer, contestó Irene con calma.

—Eso sí que está bueno; tú debes tener una conciencia muy elástica. Temes que te pueda suceder alguna desgracia si duermes en una iglesia, y sin embargo, mientes con premeditación sin temor al menor remordimiento.

—Pero eso tiene su explicación correspondiente, dijo Irene. No hay una precisión absoluta de dormir en la iglesia, mientras que lo otro no se podía evitar de ningún modo.

—Sea como tú quieras, pero yo creo que la desgracia que temías ha ocurrido ya por haber hablado con Vlasto. Cada vez voy estando más convencida de que ese hombre es un espía, y puedes estar segura que hallará el medio de quedarse con el cinturón. Milosch es muy capaz de haberle dictado lo que tiene que decir.

—¿Pero cómo es posible que supiera Milosch quién era yo?

—Pues mira, atando cabos he venido á suponer lo mismo que el profesor. ¡Ah, Irene!, si por tu causa no nos ponen en libertad la semana próxima, yo nunca...; vamos, ¿pero crees tú que podríamos perdonártelo nunca?

—Eso sería para mí tan malo como para vosotros.

—No lo sé, puede ser que no.

Irene la miró asombrada, y ella prosiguió:

—De todos modos, á nadie sino á ti podría echarle la culpa.

—Aquí viene Mauricio, dijo Irene. Acuérdate de lo que hemos convenido.

Zoe cumplió su promesa, aunque lo hizo con alguna repugnancia, y á la mañana siguiente buscó la ocasión de estar un rato á solas con Mauricio y le dijo:

—Irene tiene gran empeño en que te diga una cosa; que es Irene Teofan, la joven de quien nos habló el profesor, parienta lejana nuestra, y la heredera más próxima después de nosotros dos.

Mauricio se quedó tan asombrado al oir esto, que guardó silencio durante un momento, por no poder pronunciar una sola palabra.

—¿Quién lo iba á suponer?, dijo por fin hablando muy despacito. ¡Haberla tenido tanto tiempo á nuestro lado sin que sospecháramos nada!

—No, yo hace tiempo que lo había adivinado, dijo Zoe con calma.

—¿Hablas de veras? ¿Y cómo lo adivinaste?

—Pues muy sencillo: como era natural, desde que la conocimos he venido haciendo lo posible por averiguar quién era; yo bien veía que era escita, pero no podía figurarme que perteneciera á la familia imperial; ¿como habrá podido fugarse y por qué andará tan sola?, me preguntaba yo. Pero una tarde, hablando en la cueva, ¿te acuerdas?, nos dijo que conocía al profesor, y que estaba de parte de los griegos y contra los eslavos, así como que esperaba reinar por derecho propio. Con esta explicación, comprendí en seguida que no podía ser otra que Irene Teofan.

—Todo eso lo oí yo también, pero ni por asomos se me ocurrió que pudiese ser ella.

—Porque estabas pensando en otros asuntos; pensabas en la misma Irene y en mejorar la condición de los bandidos. Pues mira, faltó muy poco para que yo no lo dijera todo, cuando nos anunció que tratábamos de saber quién era, y tú dijiste con mucha indignación que no era cierto. Fué á consecuencia de haberle hecho una pregunta intencionada.

Mauricio frunció entonces el entrecejo y dijo:

—Supongo que le habrás dicho quiénes somos.

—No por cierto; ni se lo he dicho, ni pienso decírselo.

—En ese caso, yo se lo diré.

—No hagas tal cosa. No sería prudente. Ya sabes cómo es Irene, mejor dicho, tú no puedes afirmar qué es lo que hará. Sin ir más lejos, ayer tarde mismo estuvo haciendo confidencias al bandido recién incorporado, á ese Vlasto, y se lo contó todo sin más ni más, tan sólo porque el otro le dijo que el profesor Panagiotis lo había enviado para darle un recado.

—Pues por eso mismo quiero decírselo. Si supiera quiénes somos, comprendería fácilmente que el profesor no lo ha enviado para que se vea con ella. Créeme, Zoe, no obraríamos bien. La colocamos en una situación muy desventajosa; sabiendo nosotros su secreto, no tiene ella que ignorar el nuestro.

—Bueno, ¿pero qué adelantamos con que lo sepa?

Mauricio se quedó un momento sin saber qué contestar; y después de titubear un poco, dijo:

—Yo creo que lo agradecería, se alegraría al saber que somos sus iguales, que somos parientes y todo lo demás; ¿no lo crees tú así?

—¡Querido hermano mío!, dijo ella con sumo desdén. Después de tanto tiempo veo que conoces muy poco á Irene. ¿Crees tú que se alegrará de saber que somos sus iguales y parientes? Me parece que te olvidas de que vamos á desbaratar todos sus planes. Si te reconocen á ti como heredero, ¿para qué la necesitan á ella?

—Todo lo que quieras, pero esto es una bajeza, exclamó Mauricio. ¡Robar á una pobre joven lo que siempre ha considerado como legítimamente suyo! Mira, Zoe, vamos á decírselo todo.

—Te olvidas ya del profesor, dijo tranquilamente Zoe.

—¡Váyase el profesor al diablo! ¿Pero qué intenciones son las suyas al embarullarlo todo de este modo? ¿Por qué no deja tranquila á Irene, en vez de imbuirle la idea de que es la heredera, y la hace después venir aquí á recibir un desengaño? Parece que no te percatas de lo vil de esta trama, ni de lo mucho que se ha empeorado desde que sabemos quién es ella y el daño que la amenaza.

—Sí, tienes razón; comprendo perfectamente que el profesor debió haberla puesto en relaciones con nosotros, pero desgraciadamente no lo ha hecho. Según deduzco de todo esto, él dejó á un lado al padre, porque no servía nada más que para hablar y no para obrar, y éste fué tan indiscreto que le refirió á Irene las proposiciones que le había hecho. Ella obra por su cuenta y riesgo y de una manera tal, que hubiera puesto á buen seguro al pobre profesor en una situación muy difícil á no haber ocurrido el descarrilamiento. En el interín, el profesor se encontró contigo y ya no se volvió á ocupar para nada de Irene. Mas si el tren hubiera llegado con felicidad á Therma, probablemente nos hubiéramos separado de ella en la estación para volvérnosla á encontrar á la puerta de la casa del profesor, quien hubiera tenido que optar incontinenti por uno de los dos pretendientes rivales.

—Parece que todo esto te divierte, dijo Mauricio indignado. No se te ocurre pensar en lo mucho mayor que es el perjuicio para Irene que para nosotros. A nosotros no puede pasarnos otra cosa que tener que volvernos á casa si nuestros proyectos se frustran; pero ella, en cambio, se juega el todo por el todo. Se halla separada en absoluto de sus amigos y de Escitia, sin dinero y con todas sus joyas perdidas. ¿Qué va á hacer esa pobre joven?

—Lo que hay que ver es si te has de preocupar más de que Irene no sufra, que de cumplir lo que creías que era tu deber cuando emprendimos el viaje, dijo Zoe. Ya la has oído hablar, y por lo tanto puedes imaginarte cómo había de gobernar si por una posible serie de desgracias quisieran las grandes potencias, cansadas de todo esto, restaurar el imperio en su favor. También sabes lo que harías si te confiaran tal misión. Además, conviene tener presente que esta no es cuestión de sentimiento, sino de derecho.

—Siempre había oído decir que las mujeres son crueles unas con otras, pero te confieso que nunca creí que llegara á tanto.

Zoe tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener su cólera. De pronto se serenó y dijo impaciente:

—Querido Mauricio, me obligas á decirte que hay una manera muy sencilla y obvia de conciliar tus derechos con los de Irene. En tu mano está el hacerlo.

—¿Qué me quieres indicar con eso?, preguntó Mauricio.

—No pienso indicarte nada, contestó Zoe con semblante impaciente.

—Sí, te comprendo; me estás proponiendo que me porte como un villano.

—Pues si me comprendes, te diré otra cosa, y es que no seas idiota, dijo Zoe muy incomodada. Lo único que quiero es que lo dejes todo como está hasta que lleguemos á Therma. Allí puedes hacer lo que gustes, y no veo que haya en esto ninguna clase de villanía. Porque si ahora le decimos á Irene quiénes somos, nos tendrá por unos impostores y todo lo habremos perdido para con ella. A mí me va en esto tanto como á ti, y me opongo en absoluto á que se lo digas. Te confieso que aprecio en algo la vida.

—Dispénsame. Creí que querías darme á entender que debía tratar de conquistarla ahora que no tiene á nadie á quien volverse, ni puede separarse de nosotros.

—Pero, Señor, ¿por qué han de ver siempre los hombres una segunda idea cuando les dan un consejo?, exclamó Zoe incomodada todavía.

Mas ablandándose después, continuó diciendo:

—Mira, querido hermano, ten cordura. ¿Qué probabilidades crees tú que habría de conquistar á Irene

en las presentes circunstancias? Espera hasta que sepa la verdad y comprenda que no está en el mismo caso que la reina Cophetua y el pordiosero. Pero no vayas á poner en peligro nuestras vidas precisamente cuando sólo falta una semana para vernos en seguridad, haciéndole creer que ó eres un impostor ó un competidor peligroso. No quiero suponer ni por un solo momento que quisiera hacerte daño; pero como obra impulsivamente, puede muy bien dejarse llevar de toda clase de arrebatos. Vaya, no pensaba decírtelo, porque no le hace ningún favor; pero es positivo que á ese Vlasto le ha dicho que ha traído consigo, durante todo el tiempo, un cinturón bizantino, de inapreciable valor, dividido en varios trozos y unido á su falda.

—¿Pero no lo entregó todo cuando nos secuestraron?, preguntó Mauricio.

—Así lo dijo, contestó Zoe con repugnancia. Estábamos discutiendo si debería ó no dárselo ahora á los bandidos. ¿A ti qué te parece?

—Me parece que es una tontería. El cinturón no fué nunca de los bandoleros, dijo desdeñosamente Mauricio.

Y cambiando de asunto añadió:

—¿Pero quién es ese Vlasto? ¿Por qué se ha dirigido á Irene?

—Pues eso es, precisamente, lo que me hace creer que no viene de parte del profesor, contestó Zoe. Ese hombre ha creído sin duda que el profesor sabía que Irene iba á ir á Therma y ha forjado su recado partiendo de esa base; pero á buen seguro que el profesor no tiene ni la más remota idea de tal viaje ni de que estuviera con nosotros.

—¿Te refirió ella el recado?

—Sí, era aconsejándola que se separara de nosotros en cuanto estuviésemos rescatados, alegando que podían conocerla en Therma. Afortunadamente ella se ha negado á hacerlo; pero... Mauricio, no te quepa duda que Milosch es el que lo ha traído aquí. Nosotros suponíamos, al no verle anteayer con la partida, que habría ido á avistarse con alguno de los individuos del comité y á recibir nuevas instrucciones. Pero ¿y si en vez de esto que nosotros suponíamos, fué á reunirse con algún agente escita y sospechan que Irene pueda estar aquí con nosotros y han mandado á Vlasto para que se cerciore? Ella se lo ha contado todo.

—No hay tampoco necesidad de llevar las cosas á ese extremo; no vamos á estar siempre viendo escitas en todas partes, contestó Mauricio pensativo; sin embargo, continuó diciendo, esto se va poniendo muy mal. ¿Pero por qué querrán separarla de nosotros? No será, de fijo, por su bien. Oye, Zoe, ¿harás cuanto puedas para que persista en su idea de quedarse á nuestro lado? Ya tú ves que ella, en realidad, es una proscrita por haber perdido la protección de Escitia; en cambio, si á ti ó á mí nos pasara algo sería muy distinto, porque no pasaría inadvertido.

—Lo haré con mucho gusto. ¿Y no te empeñarás tú en decirle quiénes somos?

—No; veo que lo mejor será dejarla tranquila.

XV

EL CINTURÓN DE ISIDORA

—Esta es una vida de penas, dijo Zeko, mientras se apoyaba en una de las columnas de la abandonada iglesia y se disponía á liar un cigarrillo.

—Pues yo creía que en general lo pasaban ustedes bastante bien, contestó Mauricio, que se había sentado en las gradas, debajo del iconostasio. Las jóvenes se habían sentado también detrás de él, en la parte más alta, y contemplaban el campo por el hueco de la arruinada puerta occidental, cuya parte inferior estaba interceptada con los restos de cornisas que se habían desprendido de arriba. No podían salir afuera porque en aquel momento llovía mucho; pero por entre las destrozadas columnas podían admirar aquel paisaje agreste y montañoso, que parecía un cuadro pintado colocado en su marco. La mayor parte de los bandidos se refocilaban al amor de la lumbre que habían encendido en la improvisada cocina subterránea; pero el capitán, acompañado de Milosch y de Vlasto, habían salido poco antes á pesar de lo mucho que llovía, mientras que Zeko y otro de los bandoleros estaban encargados de vigilar á los presos.

—¡Que lo pasamos bien!, repetía en tono desdeñoso Zeko. Lo que hacemos es trabajar mucho y estar siempre con el alma en un hilo; trabajo y sustos no faltan; pero comodidades, de cualquier clase que sean, no las vemos nunca; y después de todo, ¿para qué?, para nada. Verdad es que de vez en cuando tropezamos con algo bueno, como cuando les secuestramos á ustedes, ¿pero qué sacaremos nosotros de todo esto? El comité será el que hará un buen negocio, porque se quedará con casi todo el dinero; otra cosa sería si pudiera uno retirarse á vivir tranquilo con lo que le correspondiera. Sería muy bonito poder pavonearse por las calles del pueblo, llevando el cinto repleto de armas, y ver como le miran las mozas y se dicen al oído: «Ese que va por ahí es el valiente Zeko, el de la partida de Stoyan;» como tener por otro lado á todos los jóvenes dispuestos á venirse con uno á la primera indicación; pero desgraciadamente, en vez de esto, tiene uno que entrar en el pueblo algunas noches de invierno muerto de hambre y frío en busca de alimento y de abrigo. Verdad es que la gente no se atreve á negarnos lo que les pedimos; pero nos miran de reojo, y en sus miradas siniestras se comprende fácilmente que nos están maldiciendo. Decimos que no robamos á los pobres, pero éstos saben, y nosotros también, que nos tienen que llenar los morrales de pan, aunque sus hijos se mueran de hambre, y nos tienen que dar buenos abrigos, aunque tengan que quitárselos de encima á los decrépitos abuelos. Y si el valí llega á saber por dónde andamos, y quiere que los cónsules extranjeros hablen de él, diciendo que es un hombre muy activo y muy recto, sale en nuestra persecución; mas no nos persigue á nosotros, sino que cae sobre las pobres gentes que nos han dado de comer y nos han vestido, y les roba lo poco que nosotros les hemos dejado. Y no se atreven á quejarse, ni mucho menos á hacernos traición, porque á nosotros nos temen mucho más que á él.

—Y si tanto se compadecen ustedes de los campesinos, ¿por qué los maltratan de ese modo?, preguntó Mauricio.

Zeko se encogió de hombros y dijo después de reflexionar durante un momento:

—Nosotros bien tenemos que vivir; así es que por fuerza tenemos que hacer lo que hacemos. Además, mi misma familia tiene que contribuir también á mantener á otras partidas que andan por mi pueblo, del mismo modo que éstos nos mantienen á nosotros. Por lo regular nunca operamos en nuestro propio país, porque entonces al valí le sería muy fácil acabar con nosotros muy pronto. Para vengarse no tendría más que arrasar nuestro pueblo y así quedaba todo concluído en seguida. Pero como todos venimos de sitios diferentes y operamos á grandes distancias de nuestras casas, sabe perfectamente que no conseguiría nada con destruir un pueblo determinado. Esto quiere decir además que no podemos visitar el pueblo nada más que de tapadillo, y muy de tarde en tarde, pues á veces se pasan muchos meses sin que podamos ir á ver á nuestras familias.

—Pero si tan dura y aperreada es esa vida, ¿por qué siguen ustedes en ella?, volvió á insistir Mauricio.

—¿Y qué vamos á hacer entonces? Mire usted, tenemos el asunto de las contribuciones, las cuestiones con la policía, los odios de familia y todas las causas en fin que nos obligaron á refugiarnos en las montañas; ¿cómo quiere usted que volvamos?, nos encontraríamos en la misma situación ó mucho peor que antes. Toda la gente rica, que escupe á los rostros de los pobres, grita mucho cuando les hacemos probar un poco á lo que sabe nuestra vida, pero ellos tienen la culpa. Tal vez nos compadezca usted un poco ahora que ya sabe lo que en realidad son el frío y las penalidades.

—Yo les tenía compasión mucho antes de venir á Emacia, dijo Mauricio; pero lo que es ahora, les compadezco mucho menos, porque ustedes tienen mucha culpa de sus desgracias. Si todos los cristianos de Ematia estuvieran ustedes unidos, podrían obtener sin gran dificultad bastantes concesiones; podrían obtener hasta la misma autonomía del gobierno rumi, y se granjearían además el respeto de Europa; pero con sus disensiones se han hecho despreciables á sus ojos. Cada aldea tiene un enemigo mortal en la aldea vecina, y hasta en las aceras opuestas de una misma calle se combaten entre sí. En vez de hacer esto debían de agruparse todos y combatir á los rumíes; los ilirios, los tracios y los dardanios están asesinando á los griegos, y éstos se preparan á su vez para tomar venganza. Pero qué más, los cristianos se odian unos á otros mucho más que odian á los rumíes.

—Eso es mucha verdad, dijo Zeko, convencido por completo de lo que acababa de oir. Pero diga usted, añadió á continuación, ¿no son por ventura los patriarquistas, que Dios maldiga y arroje á lo más profundo del infierno, y al decir esto escupió en el suelo, mucho peores que los rumíes? Si nos pudiéramos ver libres de ellos, acabarían muy pronto nuestros males.

—¡Pero si están ustedes destrozándose unos á otros!, exclamó Mauricio. Le aseguro que si fuera yo vuestro jefe lo arreglaría todo muy pronto, porque en vez de ocuparme de los rumíes me ocuparía de terminar con mano firme las luchas intestinas de los cristianos.

Habló, sin darse cuenta, con mucho más calor de lo que acostumbraba; pero los bandidos no le hicieron caso y se echaron á reir. Zoe recordaba al joven Pompeyo encerrado en la fortaleza de los piratas; Irene, en cambio, frunció el entrecejo, porque no era de su gusto aquella teoría, que consideraba como usurpación de sus atribuciones. Antes de que ninguno de los bandidos se tomara el trabajo de combatir las absurdas teorías de Mauricio, quedó cortada la conversación. El jefe de los bandoleros y Milosch entraron en aquel momento en la iglesia; Stoyan venía con el semblante muy adusto; se acercó á Irene, la cogió bruscamente de un brazo y le preguntó:

—¿Es cierto que aún llevas algunas joyas escondidas en tus ropas, á pesar de haber manifestado que las habías entregado todas?

Irene palideció al oir esto; pero se repuso muy pronto y contestó con valentía:

—Sí.

—¿Y usted estaba enterado de esto?, preguntó entonces el capitán á Mauricio.

—Yo ignoraba..., principió á decir éste.

Pero cambiando de pronto de manera de pensar, añadió:

—Sí, señor, estaba enterado.

—No me apriete usted tanto el brazo, que las entregaré en seguida, dijo Irene.

—No las quiero, no; quédese usted con ellas y con su mala suerte, porque ellas serán su perdición.

Zeko y su compañero, que habían empezado á murmurar, se aplacaron al oir esto y se separaron para referírselo á sus camaradas; el jefe y Milosch se fueron también. Zoe tomó de la mano á Mauricio y lo llevó á un lado.

—¿Pero por qué no has dicho que lo ignorabas por completo?, le preguntó muy indignada.

—¿Cómo quieres que la abandone, mujer? ¿No comprendes que les parecería mentira que hubiera tratado de engañarnos también á nosotros?

—Tú no piensas más que en ella, Mauricio. ¿No ves que creerán que el capitán Wylie lo sabía y que juró en falso deliberadamente?

—No digas tonterías. ¿Por qué han de suponer una cosa semejante? El caso es que no sé cómo me las voy á componer ahora. Porque no van á creer nada de lo que les diga.

—No, no van á creer una palabra, exclamó Zoe; has hecho un disparate; Irene y tú lo habéis hecho. Supongo que ahora estaréis convencidos de que Vlasto era un espía.

No volvieron á tratar del asunto, porque Irene, comprendiendo el disparate que había hecho, rehusaba toda conversación que lo recordase y se afligía mucho si sus compañeros de cautiverio lo sacaban á relucir. Los prisioneros notaron de que los miraban ahora con mucha más desconfianza que antes. No les permitían salir de la iglesia sin ir muy bien escoltados, ni mucho menos penetrar en el bosque, y colocaron dos centinelas más en las gradas del santuario, uno á cada lado de Mauricio, los cuales cargaban ostensiblemente sus armas y no se apartaban un momento del prisionero en toda la noche. Zeko y uno ó dos compañeros más que hasta entonces habían demostrado cierta simpatía á los prisioneros, ponían ahora cara ceñuda siempre que les echaban la vista encima, y lo peor de todo y lo más incomprensible para ellos, era que Milosch se multiplicaba andando de un lado para otro, demostrando cierta maligna alegría que no podía ocultar, lo que los prisioneros tomaban como cosa de mal agüero. Así pasó toda una semana, hasta que por fin llegó la víspera del día señalado para pagar el rescate y dejar á los cautivos en libertad. Les ordenaron de nuevo que recogieran sus efectos y que se preparasen para la marcha, lo que efectuaron con mucha alegría y grandes palpitaciones de corazón. ¡Por fin se iban á ver libres después de tanto sufrimiento!

Acababan de abandonar la medio derruída iglesia y emplearon casi toda la mañana en recorrer las escabrosas sendas, á las que ya se iban habituando, subiendo y bajando constantemente aquellas ásperas lomas y breñales, rodeando grandes precipicios, sin llevar al parecer rumbo fijo. A eso de mediodía llegaron á la entrada de una caverna, donde les hicieron entrar, y dos de los bandidos salieron en seguida á explorar el terreno.

Estos dos bandidos volvieron una hora después jadeantes y muy excitados, y estuvieron hablando largo rato con el capitán. Stoyan se dignó por último dirigir la palabra á los prisioneros para anunciarles que se suspendía la marcha hasta que entrara la noche, por un motivo que le tenía bastante intranquilo.

(Se continuará.)

FABRICACION DE LOS MANGUITOS DE INCANDESCENCIA

Ya en 1825 comprobó Berzelius que el circonio y el cerio, puestos incandescentes por medio de una llama, despedían una claridad deslumbradora. Al año siguiente, Drummond, calentando un fragmento de cal mediante una mezcla gaseosa de hidrógeno y de oxígeno, fué el primero en realizar un sistema práctico de alumbrado por incandescencia de cuerpos sólidos elevados á una alta temperatura. Algunos años después, el inglés Cruikshank construyó un tejido metálico, de hilos de platino finísimos y de dimensiones un poco más pequeñas que la llama para que estuviese dentro de la parte más caliente de ésta. En 1848, Guillard inventó un manguito de platino análogo para el alumbrado público, habiéndose efectuado algunos ensayos de este sistema en Passy y en Narbona. Pero desgraciadamente el metal calentado al contacto de los gases carburados se volvía extremadamente friable y los hilos del pequeño cilindro se rompían con gran rapidez. Frankenstein de Gratz aplicó, en 1849, el principio de la incandescencia de los cuerpos sólidos para aumentar la potencia lumínica de la lámpara de Argand, disponiendo en el seno de la llama un cuerpo al que daba el nombre de «multiplicador de luz» y que consistía en un armazón cónico hueco de un tejido flojo impregnado de una papilla caliza ó magnética mezclada con goma arábiga. En aquella misma época, el mecánico Roberto Werner confeccionó también multiplicadores de luz por medio de tejidos ligeros, como gasas, muselinas y tules impregnados de cal ó de magnesio. En estos dos últimos procedimientos está en germen la idea de los manguitos actuales.

Fig. 1. – Operación de cortar el tejido tubular y de colocar los alambres de amianto

Mencionaremos asimismo una patente sacada por Edison en 1878, en la que el gran inventor preconizaba el empleo de una cesta de hilos de platino cubierta de óxidos dotados de gran potencia emisoria, tales como los óxidos de circonio y de cerio. A partir de aquel momento, multiplicáronse los ensayos de alumbrado de incandescencia; pero sólo el invento de Carlos Auer, de Welsbach, resolvió el problema de una manera realmente práctica. El sagaz discípulo de Bunsen, inspirándose en los trabajos de sus antecesores, inventó un manguito de incandescencia constituído por la calcinación de un tejido de algodón ó de lana impregnado de una solución de nitrato y de acetato combinados con óxidos de lantano, de yttrio y de circonio (1885). Poco después, Auer añadió á esas diversas mezclas el óxido de torio, que aumenta extraordinariamente la intensidad lumínica, realizando con ello en la industria del alumbrado de incandescencia por el gas una revolución cuyos efectos persisten todavía. Los manguitos de aluminio de la «Sunlight & C.°,» los á base de amianto de Thomás, los de tejido de ramio de Perroux, los de Plaisetty, los obtenidos por hilado de la nitrocelulosa (seda artificial de Chardonnet, Oberlé y otros) y los de cabeza metálica del sistema Hella, no son sino variantes de la genial invención del químico vienés.

Para fabricar los manguitos de incandescencia ordinarios actualmente en uso, se empieza por tejer, por medio de una sencilla máquina de hacer punto de aguja, hilos de algodón, de ramio ó de seda artificial preparada con una solución de celulosa en amoniuro de cobre.

El tejido de algodón, al salir del telar, preséntase bajo la forma de una manga estrecha y larga, llena de impurezas, por lo que hay que someterla á una porción de coladas metódicas al amoníaco, á fin de sacar las materias grasas, al ácido clorhídrico diluído para eliminar las menores partículas de cal, de barita ó de sílice, y al agua destilada para que desaparezcan los menores vestigios de ácidos que, al secarse, atacarían la fibra.

Fig. 2. – Operación de modelar los manguitos al calibre que se quiera

Una vez lavado, enróllase el tejido tubular en un tambor y se le deja secar, evitando todo contacto con substancias grasas ó hierro, y se le divide luego en trozos de 18 á 20 centímetros de largo, que se entregan á costureras, las cuales hacen en uno de sus extremos un dobladillo de dos centímetros, reforzado con un ribete de tul. Entonces comienza la serie de los «escamoteos» químicos que substituirán á la tela un armazón de tierra blanquecina. Amontónanse los pedazos de tejido en cubetas agujereadas de loza ordinaria, que se sumergen en otras cubetas que contienen una solución de nitrato de torio y de nitrato de cerio, y se los encierra luego en una estufa, en donde puede hacerse ulteriormente el vacío á fin de que las fibras se impregnen mejor. Cuando se utiliza tejido de seda artificial, se le sumerge primeramente en un baño de nitrato de torio y después en un baño de amoníaco; así se forma hidróxido de torio en el mismo interior de la fibra, y los manguitos de este modo fabricados no son higroscópicos.

Después de templados, pasan los manguitos á la máquina oreadora, que se compone esencialmente de dos cilindros de madera forrados de ebonita y de caucho, y que pueden acercarse ó apartarse á voluntad por medio de un sistema de tornillos y muelles en espiral. Debajo del aparato se colocan unas cubetas planas de porcelana para recoger el líquido procedente del oreamiento; un manubrio ó una polea transmite el movimiento á los cilindros. Luego una obrera pone sucesivamente cada manguito sobre una correa sin fin que lo lleva hasta los cilindros por debajo de los cuales pasa.

Los manguitos han de ser prensados con regularidad para que en ellos no quede ningún pliegue, pues de lo contrario, una vez terminados serían desigualmente resistentes y se rasgarían muy de prisa. Al otro lado del aparato, una segunda obrera recoge los manguitos oreados, que caen en una plancha de cristal inclinada, y los va colocando en una cubeta de porcelana.

A la salida de la oreadora, cada manguito, impregnado de unos cinco gramos de solución, pasa á manos de las *fixinadoras,* las cuales lo fortifican pasando sobre el ribete superior un pincel mojado en una solución de nitrato de circonio, ó de aluminio, ó de glucinio, ó de magnesio. Para secar los manguitos así fortificados, se les coloca, unos al lado de otros, sobre enrejados de madera.

Varias mujeres los amoldan luego sobre formas cónicas de cristal dispuestas en una planchita de madera por grupos de veinte, llevándolos después á unas grandes estancias calentadas á 50° en donde se les deja hasta que se han secado enteramente.

Hecho esto, hay que dotar al manguito de una asa de alambre de amianto que permita fijarlo en el sustentáculo de níquel; para ello se forma el ribete del manguito y se introduce en él, por medio de un pasador (fig. 1), el alambre de amianto de modo que constituya un asa encima del hueco formado por el extremo fruncido.

Los manguitos, cuando están bien secos, se colocan sobre un mandril cónico de madera para modelarlos al calibre que se quiera (fig. 2), y al retirarlos, como están impregnados de sales, conservan la forma cónica que se les ha dado. De allí pasan los manguitos á la incineración, poniéndolos sobre un

mechero Bunsen de larga espita, y luego, por medio de otro mechero encendido, se inflama su parte superior. La combustión se propaga de arriba abajo y pronto queda destruído el tejido; mientras dura esta operación, un obrero calienta continuamente la cabeza del manguito, quedando al final un esqueleto de óxidos de color grisáceo y de consistencia blanda.

Luego hay que proceder á la calcinación propiamente dicha de los óxidos. Abrese suavemente la llave Bunsen de larga espita y se inflama el gas al través del esqueleto de óxidos que cubre el mechero, y después de dos ó tres minutos de calcinación débil, se abre más la llave, se quita la virola de la entrada del aire y se hace dar vueltas poco á poco al mechero dentro del manguito, el cual se pone resplandeciente, contrayéndose los óxidos y disminuyendo la altura del manguito, que toma una forma regular. Al cabo de unos diez minutos se vuelve á colocar el Bunsen de larga espita debajo del manguito y se deja que éste se cueza durante una hora y media, sin dejar de calcinar la parte superior con el segundo mechero. Esta combustión, como indica el grabado número 3, se efectúa por serie de 40 á 50 manguitos dispuestos escalonadamente. Una especie de chimenea situada encima de éstos sirve para evacuar los productos de la combustión. Después de la incineración, los óxidos de torio y de cerio han reemplazado totalmente á la celulosa.

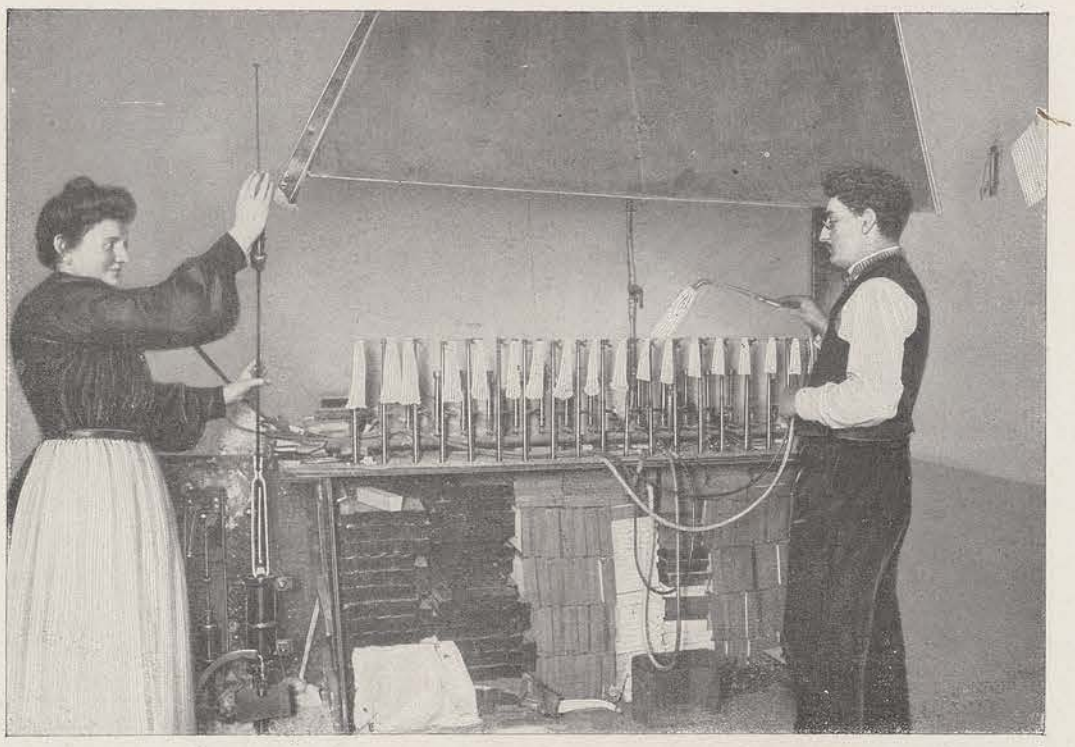


Fig. 3. – Combustión de los manguitos

A fin de preservar á los manguitos, una vez quemados, de los choques que habrán de soportar ulteriormente, se les sumerge en una disolución diluída de caucho ó de colodion con un 5 por 100 de aceite de ricino y después se los seca, hecho lo cual sólo falta embalarlos, con su tija de suspensión, en cajitas cilíndricas de cartón forradas de uata blanda.

Los manguitos de seda artificial son de notable solidez; ensayados en una mesa de choque, se los ha encontrado intactos después de más de 2.000 sacudidas, cuando los antiguos modelos soportaban solamente 100.

Finalmente, han de ejecutarse en los manguitos en varios especímenes mediciones fotométricas para apreciar su potencia alumbradora y ver, en su caso, los defectos de fabricación.—Jacobo Boyer.

JUEGOS DE PRENDAS

AYER, HOY Y MAÑANA
ó
LA FE, EL VAPOR Y LA ELECTRICIDAD
Cuadros sociales de 1800-1850 y 1899
POR
D. ANTONIO FLORES
Edición ilustrada
Tres tomos ricamente encuadernados, á 5 pesetas uno,
para los Sres. Suscriptores de la Biblioteca Universal

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
Depósito en todas las Boticas y Droguerias. — PARIS, 31, Rue de Seine.

Primera Dentición
JARABE DELABARRE
Facilita la salida de los dientes
y previene todos los Accidentes de la Dentición.
Exíjanse el Nombre de Delabarre y el Sello de la "Union des Fabricants".

Todas las parisienses elegantes emplean la
Crema de Siva

que conserva á la piel su frescura y su aterciopelamiento, que evita las arrugas y las manchas de rojez, y que proteje al cutis contra las influencias atmosféricas.
COMPAÑÍA DE LOS PERFUMES ORIENTALES
57, rue St. Lazare, PARIS
De venta en todas las buenas perfumerías
Depositario en España
PÉREZ, MARTÍN, VELASCO Y C.ª — MADRID

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & Cía, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Affecciones Espasmódicas de las Vias Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

Marca de Fabrica Registrada.

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito,** y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas,** para la barba, y en **1/2 cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el ***PILIVORE.*** **DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.**

LA ANUNCIACIÓN, medallones pintados sobre madera por Fra Angélico da Fiesole, que se conservan en la Galería de Perugia

Fra Giovanni da Fiesole nació en 1387, y á la edad de veinte años entró, con su hermano Domingo, en el convento de Fiesole, cerca de Florencia. En 1409, á consecuencia de los disturbios que estallaron en Italia cuando Gregorio XII, Benedicto XIII y Alejandro V se disputaron el trono pontificio, los dos hermanos hubieron de refugiarse en el convento de Foligno, pasando en 1414 á Cortone y regresando cuatro años después á Fiesole, en donde ejecutó gran número de pinturas al fresco y al temple. En 1436 trasladóse á Florencia, y en los nueve años que residió allí decoró el colegio de San Marcos y varios edificios públicos.

Eugenio IV llamóle al Vaticano en 1445 para que decorase una capilla, y dos años después hallábase en Orvieto, seguramente dirigiendo las obras de aquella capital; entonces estaba en el apogeo de su reputación. Llamado otra vez á Roma por Nicolás V, hubo de dejar sin concluir los frescos que ejecutaba en Orvieto, y pasó en aquella capital el resto de sus días pintando frescos, cuadros y admirables miniaturas para libros de coro. Murió en 1455. La celestial belleza de las cabezas que pintaba hizo que se diera á este artista el apodo de Fra Angélico.

Entre sus principales obras merecen citarse especialmente, aparte de los mencionados frescos del Colegio de San Marcos, los cuadros *La Virgen y dos santos*, *La coronación de la Virgen*, *El matrimonio de la Virgen*, *La muerte de la Virgen*, *El descendimiento de la Cruz*, *Madona*, *La resurrección de Jesucristo*, *Los milagros de Santo Domingo*, *Una gloria celeste*, *San Juan y la Magdalena*, *San Francisco* y *El Juicio final*, que se conservan en diversos museos de Florencia, París, Munich y Berlín.

Los dos medallones que reproducimos representan la Anunciación; á la izquierda está el ángel Gabriel y á la derecha la Virgen. Figuran en la Galería de Perugia y están pintados sobre madera con fondo de oro.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

VINO AROUD
CARNE-QUINA
el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza.
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos* de *sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerias.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón